

HISTORIA MENUDA DE ARRECIFE



Antonio Lorenzo





Antonio Lorenzo nace en el Puerto del Arrecife e inicia sus estudios primarios con su madre, que ejerce el magisterio en San Bartolomé, lugar al que considera su segundo pueblo, y los continúa

con el maestro de maestros, Guillermo Topham, para finalizar los de bachillerato en el viejo caserón de Las Cuatro Esquina y en el nuevo instituto de la calle Coronel Bens. Realiza estudios de Derecho en la Universidad de La Laguna.

Durante su juventud participa de manera activa en la vida cultural de Arrecife, especialmente en la Asociación de Amigos de los Castillos, donde organiza ciclos de conferencias. Fue Delegado Insular de Excavaciones Arqueológicas, bajo la dirección de los insig-nes investigadores D. Sebastián Jiménez y D. Elías Serra, con este último colabora, junto a otros amigos, en el descubrimiento de las bases del fortín de El Rubicón.

Movido por un espíritu de participación en la construcción de la sociedad insular, se dedica durante un tiempo a la política, llegando a ocupar la presidencia del Cabildo (desde el 19 de abril de 1979 al 23 de mayo de 1983), pero, decepcionado, abandona pronto esta práctica. Profesionalmente ejerce en el Registro de la Propiedad y practica aficiones de las que surgen algunas publicaciones en periódicos, como lo fue originariamente este libro donde rememora el ambiente arrecifeño de su niñez y juventud. También la pintura forma parte de sus aficiones, habiendo realizado algunas exposiciones, como las de la Galería El Aljibe, del C.I.C. El Almacén y la Casa de la Cultura Agustín de la Hoz.

HISTORIA MENUDA DE ARRECIFE

© Del texto, Antonio Lorenzo
© De la Edición, Cabildo de Lanzarote y Litoral Elguinaguaria
Coordinación: Servicio de Publicaciones
Eva de León Arbelo, Félix Hormiga
Foto Portada: J. L. Rojas (con autorización de la familia de D. Ramón
Martín Umpiérrez)
Diseño: CDIS - Cabildo de Lanzarote
Impresión: Litografía Valverde (Irún)
Depósito legal: G.C. 525/99
I.S.B.N.: 84-87021-52-2

HISTORIA MENUDA DE ARRECIFE

Antonio Lorenzo

A todos los que me lean y a todos
esos personajes intrascendentes,
cuyo recuerdo no quiero que muera.

Antonio Lorenzo o "El Alma de Lanzarote"

A fuer de sincero he de reconocer mi ignorancia sobre la faceta de escritor de Antonio Lorenzo. Cuando hace ya muchos años comencé a frecuentar, por motivos profesionales, la isla de Lanzarote, mis relaciones con Antonio Lorenzo lo fueron como "alma mater" del Registro de la Propiedad y, posteriormente, como político. Amigos comunes nos permitieron estrechar luego nuestra amistad, aunque, repito, sin saber de su brillante pluma y, sobre todo, de su sagacidad, de su dominio del "alma conejera". Al llegar a mis manos "Historia menuda de Arrecife" y de extasiarme en su lectura, mi reacción es de sorpresa, de estupor. El descubrimiento de esta otra parcela de la vida de Antonio Lorenzo sólo me ha servido para corroborar su apartamiento de la política. Un espíritu tan sensible, tan humano, conocedor a fondo de las virtudes y miserias de la humanidad, de la idiosincrasia de sus paisanos, de sus amigos, de sus familiares, de los personajes populares, del lenguaje de antaño, del alma, en fin, de la volcánica isla de Lanzarote, la política le tenía que repeler por tratarse de un mundo diferente, extraño, esotérico. Antonio Lorenzo debía sentirse

angustiado en el ejercicio de la res pública. Su rigor, su sentido de la responsabilidad, su ojo clínico para auscultar a la persona, al hombre era un bagaje que pugnaba con ese otro mundo donde todo es falsedad, hipocresía, corrupción. Ese período de su vida política será, sin duda, algún día plasmado en otro libro de idéntico o similar contenido al que comento. Su bisturí para penetrar en los arcanos de las personas con tanta claridad, con tanta limpieza, sin jamás herir ni molestar es sólo privilegio de un hombre nada común.

Ver cómo en cada página de este libro el lector llega a conocer toda la historia de Lanzarote, que él denomina con su peculiar modestia "menuda", aunque en cada línea, en cada palabra, entrecomillada o no, se atisba todo un mundo de costumbres, de episodios, de, en definitiva, real conocimiento de cuánto aconteció no ha muchos años en esta isla, son detalles de los que acaso los nativos no se hayan podido percatar. Busca, como pretexto para el inicio de su labor, la muerte del que debió ser un personaje popular en la isla, Machado, don Luciano Machado Berriel, como lo han sido aquí "Lolita Pluma", "Andrés El Ratón", "Pepe El Cañadulce" y tantos otros, aunque acaso a distinto nivel. Antonio Lorenzo invita a la lectura apenas se repasan las líneas preliminares del librito.

Si sorprendente es su contenido donde no falta un solo suceso, donde se condensa, se palpa y se vive toda una historia de largos años, de tantos episodios aparentemente intrascendentes, como el propio autor los califica, sin embargo, **"Historia menuda de Arrecife"** es un libro cuya lectura debiera

recomendarse en los colegios de la isla, al igual que se ha hecho aquí con "Faycán", de Víctor Doreste, porque Antonio Lorenzo no sólo narra todos los acontecimientos de los que fue notario, sino además lo hace con un estilo "azoriniano". No sé si Antonio Lorenzo es o no un lector de Azorín y si fue o no discípulo del catedrático, doctor Joaquín Artiles, recientemente fallecido, que recomendaba a este maestro de la generación del 98, pero lo cierto es que su estilo guarda estrecha relación. Imitar a José Martínez Ruiz (Azorín) es empeño dificultoso. Sin embargo, Antonio Lorenzo lo hace con tal maestría, con tal acierto que algunas páginas nada desmerecen de la del escritor de Monóvar. Antonio Lorenzo no se pierde en superficiales relatos. Es escueto y cada palabra tiene su adecuada ubicación en el tema que aborda. Recurre al entrecomillado para destacar el rigor de la palabra, de la frase en función del tiempo, del personaje y de la costumbre. Para dar, en suma, mayor rigor —si la expresión cabe— al caso de autos, como diríamos en el argot judicial.

Puesto a seleccionar cuál de los temas me ha causado mayor impresión, la labor es ardua, pues cada cual responde exactamente al momento. Antonio Lorenzo se sitúa con este libro en primera línea de los escritores costumbristas de Canarias, aunque por su innata modestia continúe aún en el anonimato. Con mi mayor respeto a los dos últimos personajes de Lanzarote, ya fallecidos, Agustín de la Hoz y Leandro Perdomo, escritores al igual que Antonio Lorenzo de la historia lanzaroteña y con quienes me unió también gran amistad, este opúsculo de Antonio Lorenzo merece una pública divulgación, pues

tan silenciosa como desconocida, aunque brillante, aportación para conocer la historia de Lanzarote llega a superar las de sus paisanos, si bien cada cual en su área se sitúa a gran altura. Este trío de escritores lanzaroteños es acreedor del reconocimiento extraisla.

Con estas líneas quiero, además de salvar mi desconocimiento de la faceta de escritor de Antonio Lorenzo, aportar mi grano de arena a la divulgación de esta nada menuda valiosa historia.

Antonio Beltrán Sierra

Presentación

Ustedes pensarán que cómo vengo yo de otra Isla a presentarles a una persona tan conocida y querida en Arrecife como es Antonio Lorenzo. Yo a quien tan poca gente conoce aquí. Acaso sería lo correcto presentarme antes a mí mismo y decirles que estoy aquí por haber sido el primer lector que ha conocido este libro como volumen editado, ya que las estampas habían sido publicadas en La Voz de Lanzarote. Como ustedes saben, por no ser no soy ni siquiera canario. Me nacieron en Madrid hace tanto tiempo que ya no me acuerdo, por eso suelo decir que soy tan canario por lo menos como el gofio de millo, que llegado de muy lejos a las Islas, de América nada menos, con tal fidelidad se adaptó a Canarias que ahora sirve como patrón de la canariedad. Y si aludo a la canariedad es porque la primera virtud del libro que hoy presentamos es la de definir en alto grado nuestro espíritu insular intransferible.

Antes de abrirse a nuestros ojos este libro viene titulado como un libro de Historia. Y quisiera confirmar, aunque el propio autor lo niegue por modestia, que es un verdadero libro histórico.

Todas las ciudades tienen calles rotuladas con importantes nombres y apellidos de ilustres personajes que nadie conoce. Cierta vez tuve que editar una Guía de la ciudad de Las Palmas y quise introducir la novedad de incluir nota histórica que recordase los méritos gloriosos de tantos antepasados inmortales y desconocidos que habían dado nombre a tantas calles. Alguno había contribuido desde la Corte madrileña a instaurar un Juzgado, o había repelido la incursión de un pirata, o había proyectado un puente sobre un río sin agua. Eran famosos y nadie los conocía. Y pude comprobar desengañado que luego de consignar sus grandes méritos continuaron en el mismo olvido y anonimato para los vecinos de la ciudad. Comprendí entonces que la historia no la hacen los hombres más poderosos, sino los hombres más queridos.

Antonio Lorenzo no nos habla en este libro de los hijos preclaros de Arrecife ni de sus hazañas meritorias. "Historia menuda", precisa el autor porque cree que el título de historiador le viene ancho, y presta su memoria y su emoción a las pequeñas cosas entrañables que merecen la inmortalidad a pesar de su aparente irrelevancia.

Antonio Lorenzo no es un historiador; es algo más que eso, es un testigo. Ignora a los personajes porque recuerda a las personas. Historiador de a pie, cuyos legajos polvorientos no están en los archivos, sino en las calles por donde pasó —y sigue pasando— la vida de su pueblo.

Y yo cuestionaría si Antonio Lorenzo no merece con todos los honores el título de historiador. Todo depende de lo que

uno entienda por historia. Yo no creo que la historia importante sea la relación de aquellos grandes acontecimientos que van transformando la ciudad, sino la de esos otros hechos menudos y personas que hacen inmutables a los pueblos, que les dan fisonomía propia y eterna a través de los tiempos. Los sucesos singulares transforman las ciudades; pero los hechos cotidianos las hacen perdurables. ¿Qué es más importante, cambiar o ser eterno? Por lo demás la historia trascendente nos suele resultar aburrida. Todos los Adelantados, Virreyes y Obispos se parecen como granos de arena, con sus ambiciones y rencillas repetidas. Para conocer cómo fue mi ciudad tal como era, yo no acudiría a otras crónicas que a aquellas deliciosas "Crónicas de la ciudad y de la noche" de Alonso Quesada, o aún mejor, a las sencillas memorias de un médico llamado Domingo J. Navarro que a sus noventa años se detuvo para rememorar y revivir la verdadera historia de su entorno social.

Esta es la tarea modesta que se ha marcado Antonio Lorenzo. Creo que su memoria aún no ha tocado fondo y nos seguirá regalando con la resurrección de tantos personajes humildes que no merecen el olvido.

¿Qué añadir como valoración literaria de un diario entrañable que no se apoya en la precisión de las fechas sino en la ternura y la nostalgia?

Literariamente este libro me parece sencillamente prodigioso. Sé que un adjetivo así puede parecer desmesurado o producto de mi amistad reciente con su autor. Pero si he elegido el adjetivo "prodigioso" es porque la expresión literaria, el senti-

miento y la agudeza de este retrato costumbrista están logrados con una increíble sencillez, con una economía de medios que sólo un escritor sustancial puede conseguir. He leído pocas narraciones tan sustanciales, tan sustantivas, como esta colección de estampas de Arrecife. Fíjense ustedes que esta prosa está compuesta casi únicamente por nombres sustantivos, propios y comunes. Casi no existen verbos, porque la acción no importa, porque en este libro no pasa nada: todo ha pasado ya. Nombres sustantivos propios y comunes encadenados por la conjunción "y". Como cuentan sus sueños los niños o rememoran los abuelos. Así desfilan en el tiempo los recuerdos de antaño y las personas que ya fueron y la escuela de don Pedro y doña Pepita con sus gatos y el cine de don Paco, y el Callejón Liso ruidoso de juegos y el Bodegón del Manco y el carnero rifado eternamente, y el incendio del Circo, y la vida, y la muerte y la dulzura y la gracia y la pena y esa moneda negra, valiosísima, con la que un niño golpea sin cesar las cristaleras grises del pasado...

Ni la memoria, ni la nostalgia, ni la inmensa ternura de Antonio Lorenzo ha tocado fondo todavía.

Pedro Lezcano

Justificación

Sería una imperdonable presunción por mi parte, llamar prólogo a lo que sólo quiere ser justificación de un atrevimiento. Atrevimiento a exponer con el nombre de historia, aunque adjetivada de menuda, lo que para muchos ha sido algo intrascendente en nuestro pueblo; pero lo intrascendente adquiere categoría cuando implica a seres humanos, aunque éstos no hayan influido en el devenir de su medio. La historia grande, la de los personajes y hechos influyentes, la dejamos para el historiador riguroso de fechas y datos, de ese que sí puede empezar, no estas pocas hojas sino su importante libro, con el prólogo explicativo de su intención.

Hace unos años, uno de esos personajes intrascendentes para nuestra historia, pero un hombre popular, murió de añoranza, de cariño hacia un niño. Aquel Machado, don Luciano Machado Berriel, murió un día de 1984, de dolor por la pérdida accidental de su nieto. Y la muerte de ese hombre, al que conocí y con quien simpaticé, desencadenó en mí la necesidad de que algo de nuestra pequeña historia quedara escrito; que dentro de diez, quince o veinte años, no haya desaparecido su

recuerdo y el de otros, ya que allá en una biblioteca, un pequeño libro o una revista, lo guarden para el futuro. Y "La Voz de Lanzarote" me dio esa oportunidad; y a su director, Agustín, he de manifestar mi agradecimiento.

Y ahora, amigos generosos, me han animado a recopilar lo que en aquellas páginas se publicó. Y aquellas añoranzas, quizá cursis para algunos, las encontrarás después de esta justificación.

Machado

Murió Machado. Murió una época de nuestra ciudad. Con Machado se va el recuerdo de unos tiempos penosos, pero añorados del Arrecife de las calles adoquinadas, en las que las ruedas de su carro y su simpatía fueron dejando huella; del Arrecife del "Coche del Ministro" y del carro de Alfonso; de Agapito y su Ford 4; del entrañable Juan "el Bobo" y Pepa Montelongo; de las procesiones y del Rosario de la Aurora; del viejo Casino y no menos vetusta Democracia; del "Mudo del Cabo Pedro" y de Celedonio; de la *Astelena* y del *Rápido*; del chapuzón en las escalinatas del Muelle Chico y de la Caseta de Baño; de la Pescadería de madera y de su muelle superviviente; de los "moros notables" y del Café de Bonilla; de señor Pepe Duarte y de Bartolo; de Puerto Naos con su pequeño muelle y del esqueleto de barco inconcluso a su lado; de los martes y viernes con *La Palma* o el *León y Castillo*, y de Machado. Machado con su carro maletero, recolectando paquetes de puerta en puerta, y su andar lento, ceremonioso, aferrado al cabestro del burro, hacia el Muelle Grande, con la música de su voz que parece aún resonar en nuestros oídos: ¡Voy!..., ¡Voy!..., ¡Voy!

La Plaza de la Iglesia

La Plaza de la Iglesia era lisa, sin árboles, cruz de caídos, bolas, pirámides ni prismas. Frente a la Iglesia, don Adolfo salía a enfrentarse con los muchachos que, pelota de trapo forrada de media negra, pateábamos incansablemente el cemento cuadrículado. Doña Otilia, casi espíritu sin cuerpo, desempeñaba su admirable labor de caridad y doña Hortensia hacía teclear a sus discípulos en viejos y herrumbrosos teclados, aquello de puerta, apeo, paso, apear. En la esquina, las altas ventanas verdes, nos daban un panorama de viejecitos asilados, entre sonrisas monjiles y cuentan que, a "La del Brazo Partido", cuando la ingresaron y la pelaron al cero, no hubo que barrer los pisos ya que los piojos se habían llevado a los pelos por la puerta de la calle. Don José Molina visitaba su Hospital de Dolores; en camilla entraba un marinero turco caído del palo y al que el barco esperaba frente a La Bufona; Marcial López, su hermano y los topógrafos se recuperaban del vuelco del camión del ejército y yo recuerdo ver por la ventana abierta, a un joven Hernán sonrosado y en pijama, restablecerse de una grave dolencia. Don Rafael Cabrera, Valdivia y Ceferino charlaban en

la acera de enfrente y Juanito Ferrer subía la escalera para desgranar las campanadas de las doce o doblar por el último muerto. Los muchachos salíamos del Colegio de Las Monjas, donde Sor Luz enseñaba a acentuar correctamente las palabras y María Antonia, la hermana monja de don Juan, el cura, explicaba lo de tres por cuatro, doce, tres por cinco... Y su hermano, fiero carácter, gritaba en una misa de Navidad: ¡Eutimio, trae el palo!, y a grito pelado, que no a palos, hacía bajar a los que nos encaramamos en los bancos para mejor ver los pastores; y después estuvo el cura González Arencibia, el que fuera Capellán del Batallón, y don Lorenzo y su dirección del Instituto; y la iglesia tenía coro y altares; y el coro era de madera blanca calada para ver a los de fuera, y refugio de los "notables"; y en la parte alta, un muchacho le daba al fuelle del órgano que Antoñita Cabrera tocaba; Moisés farfullaba latines, Juan y Alfredo interpretaban a Perosi y Olimpia Cabrera dejaba oír su bien timbrada voz; y desde allí cuentan que un andaluz a quien mi padre nombraba, "Pepe Biel", o algo así, dejó caer "a plan" un libro de salmos que produjo el pánico y una de mis primas, Censa o Matilde, llegó a mi casa, pálida y con la lengua fuera; y a la izquierda entrando estaba el monumental Cristo; y el altar de Ánimas y el del Rosario y al otro lado San José y la Virgen del Carmen; y la de los Dolores, y aquellos altares eran de madera casi mármorea; y en el púlpito abrazado a la columna pintada de gris, el monaguillo Antonio "Carajito" de guardia en el primer escalón; yo oí a Pildáin anatemizar a Unamuno y a don Lorenzo el baile y la *promiscuidad playera*; y al Padre

Navarro, y al Padre Lodosa; y a los jesuitas de Las Palmas, y a un capuchino aterrorizar a los fieles con el machacón: Y cayó cadáver... y cayó cadáver... Doña Magdalena y doña Bienvenida y sus domésticas y las hermanas Rocha, y Juanita Bethencourt y María limpiaban la plata y sacudían las alfombras y lámparas; y en el centro había una lámpara para aceite; y una tarde descansó la Virgen de Dolores de Mancha Blanca, traída a hombros, y en casa de don Fermín se había colocado su figura de cerámica; y La Magdalena se picó y Juanele hizo una nueva con un rostro que nos recuerda a su esposa; y cuando se dudó de que fuera la antigua restaurada, Juanele la expuso con la vieja y picada en el escaparate del Palacio de los Juguetes; y a la iglesia se le *emplastó* una puerta central impropia a su arquitectura; y por una de las laterales salía Moisés para acompañar a un muerto hasta *la raya*; y había salido también el Capellán Arencibia con el palmito afarolado que mi madre me había comprado para el Domingo de Ramos, y ya no quise más palmitos; y hoy ni la Plaza es lisa, ni está Valdivia en la esquina, y al Hospital o al Colegio de las Monjas casi nadie los recuerda.

El Medio Almud

Los íntimos lo llamábamos El Medio Almud y para los restantes era el Paseo del Muelle Chico. El Medio Almud lindaba al Norte con el Café de Bonilla y La Vasca, calle de La Marina por medio; al Naciente con El Teide y el llano delante del Kiosco y al Sur y al Poniente con el mar, bancos de cemento al borde; y tenía seis bancos de tirillas verdes y uno de dos tablas de verde más oscuro; y estaba empedrado de piedra viva carcomida por las sales marinas; y en una de las piedras había un gua que en el tiempo del boliche estaba lleno; y en el ángulo de los bancos de cemento estaba la Caseta del Baño; y la caseta era encalada, y tenía un techo inclinado de madera, y unas rejas de hierro oxidado donde Manolo "El Picúo" se cortó en el brazo; y dentro tenía unas escalinatas de madera; y yo, cuando era muy pequeño, entré de la mano de mi prima; y allí vi por primera vez, y no se me olvida, unos muslos de mujer muy velados por la honesta faldita del bañador de los años del recato; y los bancos de cemento estaban divididos por apoyabrazos con forma de caballo descabezado y en los que más de una vez cabalgábamos inmóviles; y en los bancos de tiras al un, dos, tres, de un

empujón se dejaba sentado en el suelo al del extremo; y tenía dos largos postes de hierro canelo rematados por enterregadas bombillas de veinticinco; y desde allí la corneta del carro de los polos de Manuel Pérez anunciaba la llegada del verano; y Bienvenido en un alto vacacional de su medicina nos deslumbraba con el salto del ángel o haciendo la carpa; y en verano los bancos estaban salitrosos por las sentadas de los bañistas; y en San Ginés la turrонера de Gáldar abría su baúl de golosinas; y "Cubati" hizo piruetas y contó manidos chistes; y al Medio Almud se acudía a la salida del Cine de don Paco, y a la salida de clase, y al mediodía y al atardecer; en el Medio Almud se paseaba en sucesivas olas humanas de norte a sur; y señor Pepe Duarte y Bartolo acudían alguna vez a poner paz y orden conciliadores; y quizá el Medio Almud cambió rumbos de vidas porque allí Pedro conoció a Pepa, Fernando a Carmen y, en sus inmediateces yo, afortunadamente, conocí a María de los Ángeles.

La calle Porlier

Con todos los respetos para quien le da su actual nombre, durante muchos años y para casi todos era la calle Porlier o la calle "Del Correo". En su inicio, y haciendo esquina con la antigua calle de La Amargura, enmarcada en el postigo, pelo blanco y boca repintada de rojo, Isabelita, "la de la Tienda", contemplaba cómo la familia Lasso comenzaba a montar su comercio o a don Pepe Saavedra que, banqueta a la puerta de su zapatería, miraba a Tavío machacar la suela sobre la vieja plancha de hierro, mientras comentaban el número de veces que "Palomo" había *cantado* conejos en el volcán de Matallana; Bruno y su hermano, chicharreros recién llegados, acondicionaban, entre olores a cuero y perfume, balones, pelotas y guantes de boxeo del Salón Rosa, en tanto que, haciendo esquina a Villacampa, don César Cabrera vendía sellos de peseta con la figura ecuestre del Generalísimo e iniciaba las gestiones de su agencia de aduanas; don Casto "El Viejo", promocionaba costumbres populares, escribía sus folletos sobre El Golfo o Las Montañas del Fuego, imaginaba turismo y vigilaba tras las rejas de la ventana; doña Rosario, acento vasco hasta la muerte, recibía clientes

para su pensión y comentaba cómo un tiro "al aire" de un militar de vigilancia, había entrado por su vidriera y Juanito Rocha, escoltado por su familia, salía a cumplir sus deberes religiosos. Contaba que, de un café que existió en casa de don Maximino, un rudo cura de pueblo, por cuestiones de faldas que no de sotanas, sacaba a la trompada a un colega de otro pueblo; y don Pancho iniciaba los éxitos de su medicina y Leandro en su literatura; don Rafael Medina, distribuía el tiempo entre los ensayos de "Fidel Roca" y el alivio de los dolores molares de los lanzaroteños, mientras un gamberrillo empujaba la puerta acristalada obedeciendo a la chapita metálica: "Empuje"; en la vieja y rosada casona, Gabriel, Juanito, Baldomero y don Luis María, recibían giros y repartían correspondencia en montoncitos que Rafael Tavío llevaba al Cabildo, Valdivia al Ayuntamiento y mi tío Augusto o don Paco Palarea al Registro; los privilegiados abrían la puertita del apartado y algunos quedaban maguados por no recibir la carta que esperaban; Pepita Monasterio, rodeada de gatos de angora, comentaba con mi madre en la tienda abierta por Irene y Morín, recién llegados de Venezuela; en un principio don Vicente Torres nos entregaba los plátanos en unos cartuchos canelos con un sello a tinta roja en la que aparecía, en aquellos momentos anacrónica, Plaza de la Constitución; y, más tarde, Parrilla o Miguel Corujo, en la tienda de Los Pérez, despachaban a Ramón la compra para don Esteban y a nosotros caramelos Palmita con irreconocibles fotografías de artistas de cine o sobres "Salsafrán" con estampas de El Tesoro de Zita o Simbad el Marino, en busca de aque-

llas dos más difíciles, el gallo de Recetas de Cocina o el Yack, "la vaca peluda" para los pequeños.

Barberos

Los clásicos eran cuatro: Aurelio en La Plazuela, Guillermo en la calle Real, El Canario en el Echadero de Los Camellos, y Modesto en Las Cuatro Esquinas. De Modesto recuerdo su figura menuda y arrogante; de Guillermo la suya huesuda y alta, y de El Canario, la chaqueta gruesa, el bastón, el sillón de madera pintada de blanco, el cartel con un pájaro canario y el postigo por el que los muchachos le tiraban piedras a la hora de la siesta. Aunque su hermano fuera sochantre y farfullara latines en tercias y entierros, Aurelio, por razones que desconozco, odiaba a los curas, militares y guardias civiles, aunque conviviera con ellos puerta con puerta. Para llegar a su barbería se desviaba por la acera de don Isidro y no pasaba por delante del cuartel. En su excentricidad, tenía una clientela en exclusiva, y si algún forastero, cura, militar o guardia civil llegaba a su puerta, le soltaba: "Tengo las navajas melladas, vayan a casa de mi sobrino en la calle Porlier"; y su clientela estaba formada por don Pepe Ramírez, que le suministraba el periódico con dos días de retraso, una vez leído, don Arturo, don Andrés Fajardo y pocos más; y era barbería de casi lujo: zócalos

de madera, papel pintado de triángulos canelos; dos sillones, uno casi siempre sin uso y que muy de tarde en tarde, usaba su sobrino Basilio, el que nos tiraba de las orejas si no soportábamos pacientemente los tirones de la maquinilla y de las tijeras: cómodas con mármol, sillas de mimbre amarillo con listitas negras y un extraño mueble rinconera del que cada poco rato sacaba una botella cubierta con un periódico y de la que se "echaba un trago" de algo. En sus anteriores años tuvo una moto de largo manillar y descomunal faro, en la que, en compañía de mi tío Juan, recorrían los campos lanzaroteños y en la que recuerdo verlos "recalar" por San Bartolomé. El mármol de la cómoda estaba cubierto de navajas, tijeras, brochas y tarros de "agua florida" y el piso de madera que en sus mejores tiempos estuvo encerado y que, con la humedad, se fue cambiando, y advertía: "Cuidado con la tabla"; y, si Ramón por la mañana había vaciado el cubo en la escalinata del Muelle Chico, Aurelio, al atardecer, echaba las aguas enjabonadas por la alcantari-lla de la esquina; y no quiso nunca luz eléctrica; y, con el tiempo, dejó la moto, y era frecuente divisarlo los días de fiesta, carretera delante con la mochila y el cráneo casi afeitado, del que había desaparecido la rudimentaria peluca. "No hay nada mejor que echado bajo una pared, comerse una tableta de chocolate y beberse un buchito de vino"; y en la mochila además del vino y el chocolate, llevaba unos gemelos; y al anochecer la Plaza de la Iglesia era testigo del regreso de Aurelio; y ya, de noche cerrada, hacía su paseo hasta la punta del Muelle Grande; y un día, la puerta entreabierta de la bar-

bería expresaba que algo raro había ocurrido: A Aurelio, víctima de un ataque de locura, lo habían llevado para el manicomio. No sé si vive; seguramente habrá muerto; pero para Aurelio que, a pesar de su odio a los uniformes, en aquellos años bélicos nos pelaba a un castrense "a lo alemán", yo tengo un cariñoso recuerdo.

Los pedidores

Como cada viernes, doña Pepa Armas y mi madre, puerta con puerta, y casi todas las amas de casa, intentaban no desprenderse de las "perras" cambiadas, para el sábado poder atender a los "pedidores"; y desde muy temprano, el sábado, Manuela venía desde La Puntilla aprovechando su itinerario de hacer mandados y, de camino, agenciar alguna perra suplementaria; y venía Arabia, joven aún, pero acarreado la última niña; y tocaba la figura negra y delgadísima de Pepa Montelongo, con el perro y la botellita de vino escondidos debajo del sobretodo; y Julita bajaba de El Lomo para recibir su participación y contar una vez más que era hija de un militar y recordar sus tiempos pasados que fueron mejores y de la vajilla con flores que tenía su madre; y una vez se fue para Las Palmas y dicen que no cesaba de repetir a sus íntimos: Allí si da gusto, te vas con un hombre y hasta te pagan un café con leche. ¡Triste consuelo de una desgraciada! Y, de San Bartolomé, arrastrando carretera abajo su "pata galana", algunas veces también venía Juan "Pluma" que pedía sin necesitarlo pues allá en su pueblo, Clementina, la madre, lo tenía muy bien atendido; y a eso del

mediodía Rafaela, "Papas Menúas", ya con la lengua un poco trabada y el aliento alcohólico; y Juanillo, "El de Las Breñas", por un par de perras ofrecía su agradecimiento, dando los tres saltitos del baile de la "carraqueña" y se alejaba, mirada oblicua, cabeza enorme, vara y saco; y de alguno de ellos contaban la anécdota que yo creo chiste, cuando el párroco le dio tres perras y le advirtió: No te lo vayas a gastar en vino; y rápidamente respondió: No, las guardo para comprar un solar; y recuerdo a Antonia Viña, recién muerto su padre, en el patio de mi casa de San Bartolomé, llorando porque le hicieran un funeral y decía con su media lengua: Yo quiero un funto, yo quiero un funto...; y también pedía "Rondringa", ojos rojos y revirados, sin pestañas, muy flaca y pañuelo "enroletado", nos daba miedo y que, ya viejita, me sorprendió en una visita al Asilo: Usted es el hijo de doña Margarita La Maestra; y así se le conocía a mi madre por su profesión en San Bartolomé; y un día Juan "El Bobo" hizo que mi padre, de ser usual del sombrero pasara a ser de los "destocados", algo que se imponía y quizá no había hecho por timidez; y Juan, en su santa inocencia, se llevó el sombrero y aunque Maestro Alfredo vino a devolvérselo inmediatamente, ya nunca lo usó. Pero los más entrañables quizá eran aquella tropa de chiquillos que lo hacían con una tímida sonrisa y un lema: Un cachito pan duro.

Antonio "El Loco"

Para ser un San Cristóbal sólo le faltaba un niño al hombro. Descalzo, fija herrumbriente en la mano derecha, cesto al brazo izquierdo, chaquetón pardo de la Marina, que en tiempos de la mili fue azul y gorra de plato no menos mugrienta. Por eso yo, mentalmente, lo llamaba "El Almirante". Vivía junto a las "Casas Baratas" de La Destila y, todos los días, cuando la marea bajaba, entraba por la punta de El Reducto y, como si fuera por la calle mejor pavimentada, poco a poco, se introducía en el mar hasta llegar al Islote de La Fermina, como siempre se llamó al parecer por haberse construido allí el barco del mismo nombre, y no con ese invento reciente de Isla del Amor y que los ecologistas desgraciadamente, aún no han reivindicado en su primitivo nombre y bella estampa; y a Antonio, poco a poco, centímetro a centímetro, el mar le iba subiendo por su cuerpo hasta que, algunas veces, mediada la travesía, casi lo cubría; y a lo mejor, traía un pulpo en la fija y una santorra en la cesta, y su chaquetón pardo escurría agua y salitre; y descansaba en los muros de la casa de Miguel Gopar; o en el varadero, que hoy ocupa La Democracia, en la alta acera de Gregorio Sosa; y mascaba

tabaco; y de sus labios rezumaba una saliva negruzca; y, eso sí, siempre estaba bien afeitado; y no hablaba con nadie, y parecía mudo; y tenía una hermana con la que vivía; y en los últimos tiempos todos lo vimos con un enorme papel blanco en su bolsillo recorriendo los centros oficiales para que le pusieran un sello cualquiera al pie del documento; y eso le hacía feliz. Creo recordar que uno de sus apellidos es, o era, Márquez pero por todas esas cosas raras que hacía, todos lo conocían por Antonio "El Loco".

El mudo

Tenía bigote y sombrero de charro mejicano; así me imaginaba yo al "Juan Charrasqueado" del corrido; y su figura pudo ser interpretada por el Pedro de Armendariz de nuestra juventud. Sombrero negro sobre las cejas, mirada penetrante, bigote ancho, camisa de mangas largas, pantalón de dril gris y siempre descalzo. Al parecer sus trabajos fueron de peón de salinas y pastor de cabras más allá de La Maleza; y dormía en un cuchitril cerca del Molino de Barón, al final de la calle Laguna. De vez en cuando se acercaba al centro de Arrecife; y, en aquel Arrecife silencioso sus gritos se oían hasta en La Boca del Muelle; era mudo y aquella era su única forma de expresión; y cuando le hacía alguna perrería, y eran muchas las que le hacían, bajaba hasta las Cuatro Esquinas y apoyado en la pared, su mano derecha amenazante y su característico y prolongado grito gutural, hacía estremecer a todos los muchachos; pero también sonreía; y a mí me sonrió muchas veces; y en aquella sonrisa me di cuenta de que había un alma grande en un cuerpo primitivo; algunas veces llevaba un saco y un palo en la mano; era de una gran fortaleza física y ya hace algunos años murió

en el asilo o en el Hospital Insular; todos lo conocíamos por "El Mudo del Cabo Pedro"; pero yo me he informado y muy pocos deben saber que su nombre era Gregorio y que había nacido en El Cuchillo, allá por Tinajo.

La cocinilla

Algunas la llamaban "infiernillo" y, verdaderamente, por su ruido, pestilencia y eficacia era un real y pequeño infierno casero. Era barriguda y paticorta y su color variaba, según la idea de la limpieza de cada mujer, del dorado del limpiametales, al verde del cardenillo. Tenían tres patas flacas y en forma de gancho que había que llevar a soldar con demasiada frecuencia; y en la "cabeza", un aro dorado antes de usarse, y ya negro a las primeras encendidas, que le daba cariz de reina de la cocina. Las había ruidosas coronadas por el aro, y silenciosas cubiertas por un sombrero lleno de agujeritos. "Juanillo, dile a la vecina que te preste el destupidor"; y el destupidor era el verdadero tormento de la cocinera; algunos destupidores eran de lujo; venían de fuera, cinco en cada estuche, orlados con una acanaladura y un agujerito en el extremo para colgarlos; pero los que hacía Juan "El Latonero", era un simple recorte de "jolata" con un "calacimbre" sujeto en la punta; y tres valían quince céntimos; y cuando se partían dentro del pitorro venía la tragedia. "No he podido hacer la comida porque se me partió la aguja dentro"; y el marido empuñaba aquel extraño artefacto

articulado y, con rara y poco frecuente habilidad, sacaba el pitorro; y aquel día se almorzaba a las tres de la tarde y los chicos se habían ido a la escuela con un bocadillo de pan de don Aquilino y queso de Las Laderas. "Juanillo, vete a casa de Vicente y que te despache mitad-media de petróleo, que me parece que la cocinilla está aflojando". Y Felipe, el otro latonero, soldaba patas, cambiaba pitorros, sustituía suelas y destupía cabezas; y la cabeza era un revoltijo de tubos a los que era casi imposible acceder; y algún listo le aplicaba, inconscientemente, el principio de la prensa hidráulica, llenándola de agua y presionando con un palito; y para entrar en funcionamiento, hacía ejercicios de precalentamiento como los futbolistas; y entonces había que llenar el "platillo" de alcohol y darle calor durante unos minutos; y luego al fuelle; y ése no funcionaba; y había que sacarlo y ponerle aceite de la sartén en la suela; y cuando entraba el aire, casi explotaba de ruido; y para darle fuelle había que sujetarla con la mano izquierda; y a veces, del esfuerzo, se arrancaba una pata: Juanillo, dile a Eduardo que me la suelde rápido que tu padre suelta a las doce del trabajo. Y hacían tanto ruido que, después de un monólogo de casi media hora de alguien famoso por su lengua ligera, el barbero dijo: Cuando éste se calla, es como si se apagara una cocinilla.

El cine de Don Paco

"Rogelia, dice mi madre que le guarde dos entradas para el cine de las siete y me dé tres dulces de coco y dos de cabello de ángel". Rogelia apuntaba por detrás de la entrada, doblada la puntita y traía los dulces tan buenos como los que doña Margarita hacía para la dulcería de Bonilla y que Carmela acababa de sacar del horno. Poco antes de las siete, Diego, manos ocupadas con la bandeja de dulces, la caldera de carne y los cartuchos de manises, golpeaba con la punta del zapato la roja puerta y Eutimio dejaba libre la entrada; en el escaparate central, reja de madera, que un gamberrito había desencajado provocando la caída de los curiosos, los muchachos admirábamos, prendida en el tríptico de chapilla, las fotografías de Bob Steele o del Tarzán de turno; Arroyo, comodín para todo, abría la puerta de la derecha y no sabíamos qué admirar más, si la fotografía eterna de Imperio Argentina, los carteles de la película del próximo sábado, el techo con aspecto de merengue de escayola o las discípulas de Carmela que desfilaban escalera arriba hacia la galería de enfrente; Diego despachaba cucuruchos de manises y gaseosas "de boliche"; don Paco, chaqueta de pijama,

vigilaba y saludaba a sus clientes y, a la voz de una tonadillera "iba sangrando lentamente de mostrador en mostrador"; suena "la tercera", hay avalancha hacia la sala, pisotones y disculpas, saludos y sonrisas y alguna cara de mala leche contesta al estrujón; Arroyo o Antonio Mesa aprietan la palanca y en la penumbra, el águila imperial parece surgir del fondo y el No-Do, telediario con tres meses de retraso, nos presenta a Franco inaugurando el pantano de la semana y al Papa dando la bendición *Urbi et orbi*; por primera vez en color, vemos Las Cuatro Plumas y nuevamente en blanco y negro, las señoras se deleitan viendo a Robert Taylor, las jovencitas a Ronald Colman, los maduros a Mirna Loy y los chicos a Tom Mix; Jorge Negrete, voz insuperable, requiebra a Carmen Sevilla y hace de macho ridículo; y cuando la película se parte por novena vez, y a Arroyo casi se le han agotado la acetona, se oyen silbidos y voces de protesta, y a lo mejor un rollo viene cambiado y, después de la muerte del *malo*, lo vemos marchar tan campante; y, en una época al comienzo de la película había que escuchar el Himno Nacional brazo en alto; y este martes nos hemos quedado sin cine porque el *Gomera* no llega hasta las doce; los que podían ir al cine de las diez, tenían que salir deprisita ya que la fábrica de la luz había hecho "el aviso" y no era cuestión de desnudarse a oscuras; y un día el telón del cine desaparece y yo recuerdo ver a los Basso-Navarro en Eloísa está bajo el almendro; y a Juanito "El Cartero", a don José María, a Agustín Lasso o a José González Corujo en sus papeles, y a Crespo, cara embadurnada de blanco, hacer que uno del gallinero le gritara ¡Marica!, y él

contestar: ¡Ay, ya somos dos!; y el gallinero era de tablas; y el de la última fila de arriba tenía que agachar la cabeza para no darse en las planchas del techo; y allí íbamos los muchachos y los soldados; y en las butacas de lateral los de mediana edad y los solterones, y en el inclinado patio de butacas los padres y las niñas de la familia y en los palcos, baranda de madera y seis sillas, los abonados; y había palcos reservados; y poco antes de empezar, Antonio, encaramado en las butacas de galería, tiraba de la sogá y, golpeteo seco, se iban cerrando los ventanales de techo; y a los lados del telón había unos conos encarnados que decían que eran extintores pero que, afortunadamente, nunca hubo que usar y que seguramente sólo eran un elemento decorativo; y el techo tenía un enrejado de madera, y las butacas eran incómodas, de madera y con un numerito por detrás; y había una alfombra sucia que cubría la tapa de un aljibe; y, los días de mucho calor, Antonio o Eutimio, aparato de *tlit* en mano, perfumaban el ambiente; y en el descanso se oía nuevamente la voz de Estrellita Castro, de quien una enorme fotografía, ricito circular pegado a la frente, detrás del telón daba fe de su actuación en el local; y quizá también actuó Antonio Machín y Rafael Quevedo, el malogrado humorista canario; y se hicieron malabarismos; y boxearon "Araña" y "Contreras"; y Acedo hizo exhibiciones de su gran estilo; y "Pantera"; y verdaderamente era el Cine Díaz Pérez; pero todos lo conocíamos cariñosamente por El Cine de don Paco.

Los Correíllos

Ya no se llama el **Faustino**,
que se llama el **Volador**,
repasó al *Correillo*,
con el foque y la mayor.
(Copla popular carnavalesca)

Y quizá a remo se podían "repasar" a aquellos "correíllos" de las catorce o veinticuatro horas desde Las Palmas a Arrecife; y eran tres grandes, *La Palma*, *León y Castillo* y *Viera y Clavijo* y tres playeros, *Gomera*, *Lanzarote* y *Fuerteventura*; y sus airosas y humeantes chimeneas estaban pintadas de naranja y rojo, y sus pasadizos de blanco y los cascos de negro, y durante la Guerra Mundial, tenían una gran bandera española pintada a babor y estribor; y hoy sólo queda el polémico y disputado *La Palma*; y en ellos mandaron don Pepe Rocha y don Antonio Medina; y yo conocí a Espino, el hombre al que una copa de más hacía resignar con frecuencia el mando en el primer oficial; y en mis viajes infantiles a Fuerteventura con mi madre, dicen que don Eliseo me llevaba en sus brazos y yo me preguntaba, años después, si don Eliseo habría nacido con un

El barco alemán

El *Schleswig-Holstein* lanzó sus anclas frente al cementerio. El "Barco Alemán", un viejo acorazado remozado para la propaganda pro-nazi, había llegado a Lanzarote. Bajo el herrumbriente pórtico de la grúa y caseta del agua adelante, pisando los Puentes, la brillantez de los instrumentos musicales, el xilófono adornado, la larga vara del mandador de la formación, bajando y subiendo a las órdenes de su brazo, los impecables uniformes y la marcialidad teutónica, dejaron una imborrable impresión en el pueblo arrecifeño. La banda de música local, acomodada en el Kiosco se acomplejó y dicen que lo último que se vio de ella fue a señor Ginés, "El Bruno" que, escondidos los platillos bajo la chaqueta, casi huía a su casa. Por la tarde el "Arrecife" caía derrotado por once goles ante la selección alemana y el enfado de don Manuel; y los conciertos de aquella, no banda sino orquesta, se sucedían; los marineros comían "bananos" en los bancos de cemento del Muelle Chico; y Andrea, la limpiadora de casa de don Pedro, se "echaba" un novio alemán; y una noche Andrea, cansada del *auf viedersen* del alemán, le espetó aquella de: "Afilate que me marchó"; y se

empezó a repartir "Signal" y "Der Adler"; y casi todos sienten simpatía por los alemanes menos don Andrés Fajardo, parapetado en su tradicional anglofilia; y aquellas revistas, llegadas a nuestras casas de manos de don Pedro Schwartz, aumentan la simpatía; y en casa de mi tía Inocencia había un muñeco vestido de marinero alemán con la bandera rojinegra prendida de una aguja de hacer punto; y estaba la elegante águila y el plasteado emblema circular con punto rojo, recuerdo de una noche de fiestas a bordo a la que mi madre no pudo asistir por miedo a la escala de la falúa, y a la que doña Rafaela se encaramó valientemente; y los alemanes fueron muy respetuosos; y una noche confundieron una honrada casa de muchas mujeres con algo que les hizo salir entre disculpas reverenciosas; y aquel barco parece que fue hundido en combate y algunos de sus marineros desde el campo de prisioneros escribían a las chicas de Arrecife, recordando felices momentos de libertad.

La calle Travieso

Yo conocí un San Bartolomé que tú no conociste y que tus padres te han contado. Tu calle no llevaba el nombre de mi abuela, que también era el de mi madre, sino que era la calle Travieso que, sentimentalismos aparte, era más bonito. Y en los remites de mi casa, que hacía esquina y tenía un patio muy grande con aljibe y flores, poníamos Travieso, número 1; y tenía la escuela de mi madre y el garaje de mi padre; y en la esquina de enfrente estaba la casa de "las de Nievitas", pero que ocupaba don César el Secretario del Ayuntamiento, y tenía un recoveco para mear los perros, los muchachos y los grandes; y yo un día, de un pelotazo, le rompí un cristal de la ventana; y lo que es tu casa, creo que era la huerta de la casa de don César; y después de mi casa estaba la de Eligio Cartas, y en ella puso la herrería Manuel, recién llegado de la Villa; y le ayudaba en la fragua Francisco el de Rafael, el sochantre; y mi abuela y Eligio pelearon por la linde de la casa; y después de la de Eligio, la de unos Leones, y salía Evaristo con su pie inútil *enroscado* a un palo; y en la esquina de Las Calderetas, la tienda y la cartería de Gervasio; y yo conocí al suegro de Gervasio con más de

noventa años, cargando costales de gofio en la molina, de la que, un día de viento, se arrancó una de sus aspas; y por tu acera ya no había más casas; y en la mía había una sala con piso de madera en el que por un agujero, yo me entretenía viéndolo, salía un ratón; y en esa sala vi, por primera vez en mi vida, besar la mano de una señora; y fue don Juan "Perfume" la mano de mi abuela; y allí descansaba los domingos a la salida de misa don Luis Ramírez, que usaba el paraguas para llevar los paquetes; y don Víctor San Martín, el gran párroco de las epístolas, no de San Pablo, sino de Unamuno y que le valieron el anatema de Pildáin; y mi abuela salía todas las mañanas con Bernarda Auta y Virginia Ramírez, que si viviera sería bisabuela de mis nietos; y las tres, mantilla y guantes negros, oían la misa de don Víctor; y allá, después de la calle Travieso vivía Rafael, el sochantre; y yo era, y soy, muy amigo de sus hijos, sobre todo de Manolo; y después, bajando, la choza de seña María, "La Coja", a quien yo quería entrañablemente; y el primer entierro que yo presencié fue el de su hermano Juan; y María vivía entre trapos viejos, catre calzado con piedras y postigos tapados con fardos; y yo recuerdo ir con mi madre a verla cuando estaba enferma y casi abandonada; y seña María venía todas las mañanas a mi casa a hacer café con las borras sobrantes, antes de subir para La Caldera, a casa de don Antonio, "El Palmero", y ya estaba la "Virnita" en casa de Julia y Pedro, "El Guarda"; y éste tenía el perro "Capitán" y le arrancaba "las pelucas" a los que trincaba haciendo alguna gamberrada; y yo sigo siendo muy amigo de Miguelo y Felo y de Andreíno, aunque éste era mayor

que yo y no jugábamos juntos; y en la urnita los mayores echaban perras negras que los muchachos, a la salida de la escuela, sacaban con dos palitos; y en la casa de Polo Oliva vivieron don Antonio "El Maestro", que tenía una tienda que atendía doña Paca; y por esa casa desfilaron guardias civiles; don Juan, el marido de la maestra; don Justo y Lulia, padres del sindicalista Justo Fernández y la tía, Leocricia, y don Porfirio, el Padre de "Firo" nuestro compañero de escuela; y "Pepío" era tan flaco como ahora; y Pepe Benazco tenía el garaje con el viejo camión; y más abajo, ya en La Plaza, la tienda de Antonio Cordovez, que tenía un tarro blanco lleno de relojitos de caramelo encarnado; y, como sentía pudor de pronunciar la eñe, nos espantaba: ¡Cono, muchacho, cono...!; y, por la calle Travieso pasaba Severino con el camello negro de Carrasco; y señor Lorenzo con la camella de Los Fajardos y cada año con un nuevo guelfo; y Periquillo con los camellos, casi siempre calientes, de los Rosendos; y Juan "Pluma", Higinia "La Loca", que aterrorizaba a las muchachas de la escuela de mi madre; y el carro de don Fermín; y el Ford T de Carrasco que tenía tres escalones para poder subir; y los muchachos se ponían en la esquina de don César y, cuando pasaban los camellos de don Frasco o de don Daniel, con las cajas de uvas, trotaban detrás de los camelleros: "Una escalita,... una escalita..."; y, al atardecer, desde la calle La Garduña, llegaba la voz de Enriqueta, reclamando a sus hijos, casi por riguroso orden de edad: "¡Antonillo!... ¡Pepillo!... ¡Manolillo!... ¡Marugenia!..."

El Instituto Viejo

El Instituto Viejo era una de las Cuatro Esquinas. El Instituto Viejo estaba frente a Felo, entre la calle Real y la de Puerto Naos; en él hoy se reparan motores y antes se preparaban muchachos; era el de la dirección de don Ildefonso y el de la Secretaría de don Adolfo; el de los exámenes de ingreso y el de "los palomos"; el de los pasillos de madera y el de la destiladera verde; el de Callero y su melodiosa: La hora, señor; el de los latines de Enrique Pareja y los poemas de Agustina Ayala; el de los cogotazos y el de los gritos de ¡Mira que eres burro! de don Ildefonso; el del Método Girau de don Rafael Cabrera y el de italiano de don Miguel; el del patio encharcado y el de la gimnasia con pelota de trapo de don Pedro Cerdeña; el de las lecciones muy bien aprendidas con don Fernando y el de la religión de don Lorenzo; el de las mataperrerías de Nely y el de las fugas al volcán de Matallana; el de las chicas por la mañana y los varones por la tarde; el del salón grande para don Fernando y el pequeñito para don Lorenzo; el de los bancos duros y el de las largas piernas de Nicolás saliendo por delante; el del espejo de Callero en el pasillo y Eduardo Reguera arrancándole

el clavo sustentador; el de las matemáticas de don Leandro y el del "Ibarra y Cabetas" de don Pedro Medina; el de francés de doña María y el de Aurita, madrina del equipo y hueso en gramática; y el de Marina; el de Jaime Sánchez Ruiz y el de Calenti; el de Pruñonosa y el de López Canti; y dicen que estuvo Castellano, "el de la lotería", y que dio clase don Manuel Molina; el de los dibujos y los reglazos de don Adolfo y el de "La bomba" en su clase; el de muchos suspensos, pocos aprobados y rarísimas matrículas de honor; el de muchas esperanzas y no pocas desilusiones; el de los libros heredados y el de los primeros bolígrafos. Hoy, desvencijado y lleno de grasa nos trae el recuerdo de tiempos pasados que, para mí, no fueron mejores.

Batallón de Lorca

Y una mañana de los años cuarenta, un *Ciudad* o un *Villa* de la Transmediterránea, arrojó sobre Arrecife, soldados, armamento, mulos, caballos y, decíamos los muchachos: ¡Hasta camiones de seis ruedas! El Batallón Expedicionario de Lorca había llegado a Lanzarote. La Plazuela fue poco a poco colmándose y un "finodo" recién llegado le decía a mi madre, que curioseaba desde la ventana: "Somos tantos que no vamos a cupir". Y con el Batallón llegó el bullicio, la animación y un cambio radical en la vida de la isla. El almacén de Los Cerdeñas de la calle Nueva se convirtió en cuartel, y las escuelas se convirtieron en cuarteles, y la escuela de mi madre en San Bartolomé se convirtió en cuartel, y los almacenes de Playa Blanca fueron cuarteles; y la entrada al antiguo cementerio de San Bartolomé, junto a la iglesia, se convirtió en cuadra y las cuadras de don Pepe Bethencourt en la calle Riego se llenaron de caballos y mulos; y en esas cuadras estaban el caballo "Barranco" y la mula "Roja"; y el maestro herrador nos regalaba herraduras viejas y clavos con cabeza de cubo; y la plaza de San Bartolomé se armó de cañones y las costas de la isla de nidos de ametra-

lladoras; y en la montaña Mina había trincheras para ejercicios; y Juanele, recién llegado de Madrid, mono azul y melena blanca, pintaba de verde camuflante los cañones de las baterías; y el mayor entretenimiento de los chicos era aprender la instrucción militar palo al hombro; en sus tesoros estaban la vieja herradura y el cartucho de fusil ya usado, y la bala de metal pulida de tanto manoseo; y en la escuela de la plaza de San Bartolomé, alguno decía: don Guillermo, ya tocaron fajina, déjeme ir a coger el rancho; y había soldados en Femés, y también en Máguez y los había en Teguisse con su hospital militar y su cementerio que aún hoy nos impresiona, con las lápidas de nombres de muchachos peninsulares víctimas de alguna epidemia; y la Plazuela de Arrecife tuvo su centro sanitario en la antigua pensión de don Nemesio; y al maestro armero de San Bartolomé le parten un brazo jugando al fútbol, el día de la Patrona de Artillería, jugando en la tierra de Fernando Fuentes detrás del Casino; y llegó la partida, y la isla se quedó sorda y los soldados cantaban aquella copla: "Adiós Lanzarote, nunca más te volveré a ver..."; y algunos se quedaron; y en San Bartolomé se quedó "El Rubio"; y hoy existen en Lanzarote Chicanos y Chiclanas; y el trompeta voluntario no pudo soportar la añoranza y volvió; y fue a la Costa para mantener a sus hijos lanzaroteños. Y Jaime Sánchez Ruiz, voluntario de quince años, y también trompeta, pasó meses con nosotros jugando al boliche y estudiando en el Instituto Viejo, y salta a las primeras páginas de la prensa como inventor de un motor de técnica muy avanzada; y vinieron más militares; y suena el alférez Pepín

Alvarado y el capitán Llorente y su caballo galopando sobre las piedras de la calle Fajardo; y don Ildefonso Valls vuelve a vestir su uniforme de Coronel; y hablamos con Santana, maestro herrador o armero; y Agustín Miranda desfila como teniente abanderado por la calle Real; y Garriga vuelve al pueblo de su niñez; y el Castillo de San Gabriel se llena de gomas de camión y el de San José de explosivos; y viene el Capitán General Serrador y después García Escámez; y la juventud tiene la ocasión de ver por primera vez aquel *Dornier*, gemelo del *Plus Ultra*, intentando despegar en nuestra bahía hasta conseguirlo; y se produce la anécdota que nos contaba don Ginés Díaz, amigo del general, cuando orgullosamente el ingeniero director le pregunta: "Mi General, ¿qué opina de los nidos?"; y el general socarrón como siempre, le contesta: "Para los pájaros que van a venir, creo que sobran más de la mitad"; y volvió García Escámez en el minador *Marte* o en el *Vulcano*; y lo escoltaba el *Arcila*; y el General visitó y promocionó La Graciosa; y presidió las misas de campaña junto al kiosco; y bailaba en El Casino; y los coroneles López-Canti y Calenti establecían la comandancia militar junto a la farmacia de don Rogelio; y la moto alemana de Julio Blancas, también mono azul de automovilismo, petardea en las calles de Arrecife; y Pedro "El Guarda" de San Bartolomé desenterraba del jable el proyectil fallido, que había traspasado el blanco de la Montaña Mina y con él al hombro lo depositaba en el cuartel de aquel pueblo, provocando la estampida. Y se hicieron los cuarteles y Manolo Carrasco y Pepe Villalba fueron sus primeros ocupantes; y nos visitaron ilustres

militares; y Manuel Reguera, Manuel Perdomo y Justo, "El de la Botica", regresan de Rusia; y viene "Macartur" para cambiar el uniforme divisionario por la caja del betún y casarse con Rosita; y Rafael Pérez, el del Islote, se queda para siempre en las llanuras rusas; pero el recuerdo de aquel Batallón Expedicionario de Lorca continúa de forma grata en los que convivimos su andadura lanzaroteña.

Fútbol en Lanzarote

Ni la estatura de Pancho, ni la agilidad de Gregorito, ni la fortaleza de Santiago, ni la técnica de Agustín o Paco Aguilar ni las internadas de Romerito, impidieron que los alemanes del *Schleswig-Holstein* fueran marcándole uno a uno hasta once goles a la representación de Lanzarote, después del ceremonial de las madrinas y la presencia rubicunda y uniforme de los teutónicos; aquella tarde de los años treinta y en el llano de La Vega, don Manuel Arencibia, Presidente del Cabildo, en una de sus clásicas cabreaduras, y ante los buenos deseos del Comandante del barco alemán de que no se ensañaran con los nuestros, exclamó: ¡Déjelos, para que los nuestros no sean toletes! Y después de aquel vapuleado equipo tuvimos al "Torcusa", y el "Osborne" creado por Juan Sierra y transformado en "Lanzarote" de manos de Guillermo Toledo; y el "Marino"; y el "Arrecife" y "Educación y Descanso" y el superviviente "Torrelavega"; y entre los chiquillos el "Tenique" o el "Imperial" pero en el "Campo del Carbón" y con Aurita, la profesora, de madrina; y en los primeros tiempos vimos jugar a Agustín Suárez y a "Falange" y a los Fábregas y dicen que jugó Pepe Miranda; y en

el Osborne-Lanzarote a Miguel Corujo defendiendo su portería y a los hermanos Naranjo y a Salvador, el de la imprenta; y se internaban Pepe Reguera y Domingo, "El Cotorro"; y ratoneaban Arbelo y Solís y arropaban a aquel extraordinario jugador, Alfonso "El Turco"; y frente a ellos Pepe de León o los hermanos Quintana, y Manolo, "El Candao", y Tacoronte; Carlos Reguera y a Pedro Martín; y al "Rubio" del Torrelavega con su mano mutilada; y los hermanos del Toro, Ruperto en el Lanzarote y el otro en el Torrelavega; y un día arbitró, recién llegado Tomás Aguilar; y señor Domingo, varita de membrillo bajo el brazo, impedía que alguien se colara y abría el antiguo pozo de las salinas para regar el Estadio; y las paredes de éste nunca se encalaron, ni sus gradas se terminaron, ni sus casetas se llegaron a techar; y se convirtió en calles; y hoy por el lugar de sus porterías pasa la calle Portugal con coches afanosos de marcar gol; y sus bandadas son la calle Argentina y Triana; y la Doctor Fleming parece sustentar la antigua portería del norte; y así pasó el Estadio a la historia; pero aquellos llanos siguen añorando nombres; y Julio Blancas entrenaba; y el alférez Pestana defendía una portería; y los venidos de fuera, Yoyo o Franco; y arbitaban el otro Pepe Miranda o Blancas, Paquito o los Fábregas y Rafael Cullen; y vino el "Price" a inaugurar el campo y le acompañaba Roig y se marcó el gol directo de córner; y Gregorio Fernández fue la admiración de muchos; arribaron el Atlético, la Unión Deportiva o sus filiales; y Frasco Rodríguez defendía la portería como anteriormente lo habían hecho Tino Díaz y Octavio Camejo; y Luis Oliva defendía los colores del Marino y Mano Félix y

Miguelito, "el Peligroso", los de Lanzarote y Carlos Reguera o Agustín Corujo ya no jugaban en el Marino y Miguel había pasado al Torrelavega y a César Carrasco le fracturan una pierna; y el Marino recibe once a cero del Lanzarote, en una tarde inspirada de los Reguera, El Cotorro, El Turco, Solís y Arbelo; Antonio García Márquez maravillaba con su inconcebible dominio de balón; y Meluco, a quien la incompetencia de un directivo madrileño impidió que Lanzarote tuviera su primer internacional; y había aficionados como mi padre, que aguantan, domingo tras domingo, la tierra y el calor; y el Estadio tiene bancos de madera, pero casi todo el mundo prefiere las inconclusas gradas y un día, sorpresa, se hacen con cemento los asientos; y los aficionados siguen soportando tierra y calor; y se inicia la construcción de un nuevo complejo deportivo; pero el recuerdo del llano de las antiguas salinas y del viejo e interminado Estadio, lo guardamos muchos como oro en paño.

Camiones y guaguas

Señor Dámaso, cuerpo menudo y cara arrugada y enfurrugada se volvió al pesado: "O subes o te vas caminando pal Puerto". El camión de Dámaso, la guagua de Adancito o el de Rafael Ferrer, desembocaban carretera de Tías abajo, abarrotados de sufridos personajes, de rezumantes lecheras o de rama de batatas para las cabras de Arrecife; y a lo mejor también venía la cabra o peor aún el maloliente macho con destino a sus funciones eróticas o para pasar a manos del matarife y a la caldera de los capitalinos; y en el camión de Juan Cruz, o en el de Pepe Benazco o en el de Santiago, "El Panadero", seña María la vendedora de leche de La Caldera, repetía sus chistes verdes de siempre que, en aquellos años pudibundos, enrojecían y en el fondo gustaban a más de una clienta: Hoy te toca montarme a ti, Juan; y Plácido para ir a Playa Blanca, rodeaba media isla; donde quiera que había posibilidad de una partida de envite, había parada obligatoria y mi primo Augusto tardó dos días en ir de Arrecife a Playa Blanca y Plácido los consolaba: Una partidita nada más; y hubo una partidita en San Bartolomé, otra en Uga, un par de ellas en Yaiza, quizá otra en Las Breñas y al final

se llegaba a Playa Blanca; y don Ruperto traía la guagua de Rocío desde Tinajo; y paraba en San Bartolomé, después de hacerlo en Tao y Tiagua y, aquel viaje iniciado a las siete de la mañana finalizaba en la calle Fajardo a las diez; y detrás de él Salvador o Eligio, como cada uno guste; y por el Norte, los Acuña y Pérez; y desde Teguisse Robayna; y paraban en las Cuatro Esquinas y Juan Pérez decía: Esperen un poquito que Sosa está comprando una medicina en casa de don Rogelio; y Benazco, paciencia al volante: Ahora salimos que don José fue a la ferretería; y don José tardaba dos horas porque además de ir a comprarle el serrucho a Leonardo, había ido a almorzar; y en el camión de Santiago, "El Panadero", Domingo Gil al volante, un peón en lo alto iba *apartando* a los que venían por la carretera ya que al camión se le había roto la varilla del freno; y Juan Lorenzo se la arreglaba más tarde; y el Cabo Pérez, cansado de contar exceso de viajeros: Sigue, sigue, que la multa ya no hay quien te la quite; y hoy no salimos ya que la rueda de repuesto se reventó y no hay un trozo de "chaleco" que ponerle; y vamos a conseguir una goma de estraperlo y gasolina de estraperlo y aceite de estraperlo; y mañana sí podemos salir, pero tenemos que hacer un viaje al "Monte" para llevar batatas al *Bartolo*; y don Mariano López y don Manuel López Guerra, *genio y figura*, se ceden mutuamente el único asiento libre del camión de Juan Pérez y, mientras se lo ceden mutuamente, un listillo se sienta y los deja de pie; y vienen las guaguas verdes, asientos de rejillas barnizadas, camiones Dodge de la guerra; viene la Gildez; y llegan Bartolo Alemán y Dominguito, y vienen los uniformes grises

y las gorras de gendarme francés; y conduce Jaime Marrero y cobra Fontes; y ya las paradas son fijas; pero aquel encanto de sentarte sobre un saco de millo o que una cabra te clave un cuerno o un cochino te gruñera se había perdido.

El café de Bonilla

Don Antonio Bonilla, impecable camisa blanca y negra corbata de lazo, dejando en el borde del resplandeciente velador de mármol un oloroso puro palmero, suministraba café, en el pequeño aparato destilador, a la impresionante figura de don Eduardo Coll con el bardino Turruti a sus pies, y miraba con cara de mala leche a aquel forastero que, ignorante del ritual exclusivista de su establecimiento, intentaba entrar en el sacrosanto lugar, para después de pasar el enjabonado estropajo por la mesa recién apuntada de tantos de los incondicionales del dominó, atender al muchacho que, golpeando con una "perra negra" el acristalado escaparate, miraba con ojos desorbitados y narices dilatadas, los dulces hechos a golpe de batidora por doña Margarita y cuyos ecos aún caían al suelo desde la ventana del Callejón del Casino. Pasada media noche, a la luz de las sucias bombillas de veinticinco de la esquina de don Rafael Medina, de la casa de los Torres y de los dos postes curvos y rojos del Muelle Chico, las vestales de la calle de La Porra o "El Estadio", se encaminaban, después de la obligatoria parada en el bar La Parrala de la calle Nueva, al jaulón verde del Bar

Famara, frente a la casa de don Paco "Fierro", y cuyo desagüe natural eran las escalinatas del muelle, donde Ramón, "Leva-Leva", por la mañana había derramado las pestilentes aguas de su eterno cubo y la marea alta había limpiado; después bordear el prismático, y en esos momentos silencioso Teide, del que parecían salir aún los lamentos de la guitarra "jaguayana" de Cabrera, las voces de sus Huaracheros o las letras sentimentales de Siete Islas o de Angelitos Negros. Otra copa más, allí mismo, En la Esquina te Espero y algún "amanecedor" a lo mejor recalará por el bodegón de "El Manco", para maravillarse con la agilidad de los muñones de don Antonio y reír una y otra vez con la repetida anécdota: No, no lo soplo porque esté caliente, es para quitarle el polvo; y otros más valientes hasta se acercarán a Puerto Naos para, con la "esfinge" inconfundible de "Pompo" sentada a su puerta, abordar el Quita Penas, refugio de armadores y marinos, de aprendices y patronos, de los Márquez, los Rodríguez y los Toledo; y a lo mejor, si aún duraban los *cuartos*, almorzar en El Universal del Muelle Chico, bajo la atenta mirada de Fajardo; o después disfrutar del café y los churros de Manuel en la calle Canalejas, frente mismo a donde "las de Lubary" enseñaban la verdadera artesanía insular. Al atardecer, antes de ver a Tarzán, Tom Mix, Bob Steele o Fu Man Chú en el Cine de don Paco, después de recibir la entrada de la mano, tintineante de oro y plata, de Rogelia, parada obligatoria en casa de Diego, para el coñac y la tapa de carne de los mayores y el pirulín de los pequeños, cuya habilidad mayor era limpiar los dientes de la pegajosa envoltura y

sujetándolo por la punta con los labios, hilar el caramelo hasta donde los brazos alcanzaban. El Kiosco de Juan Prim ya en decadencia, albergaba a unos jugadores de envite, cuyos gritos y los bigotes de Juan, nos amedrentaba cuando comprábamos el papelón de manises o las bizcochadas, enormes y perforadas "galletas de barco" y veíamos al viejo Oliva, dormitar, sentado en el suelo y apoyado en las maderas, sus vapores alcohólicos. Pasados los años, desaparecido El Famara y sustituido por la fuente del agua de su mismo nombre, arrasado el Kiosco, muerto Pompo y cuando El Teide y sus granizadas eran ya un añorado recuerdo, cuando Ramón ya no tiraba agua porque las escalinatas habían desaparecido y don Esteban y doña Margarita ya eran de otro mundo, y La Parrala se había transformado en almacén, En la Esquina te Espero rebautizado como El Parral, la cafetería destinada a supermercado, El Quita Penas cerrado y don Antonio Bonilla en Tenerife y su Café transformado en Banco; quizá aquel juerguista nocturno y amanecedor de antaño, en la barra del Bar la Marina, entre calamares fritos, cerveza y el mejor jamón del mundo, de mano de Mariano, recordaba viejos tiempos que no volverían.

Barcos costeros

Aunque yo no los conocí, debieron existir un *Júpiter* y un *Mercurio*, ya que la señora que trabajaba en mi casa decía con su simpática media lengua: Mi marido unas veces va a La Costa en el "Júpito" y otras en el "Macudio", y es verdad que su marido se "zafaba" en uno de esos barcos; y antes de zafarse ya se había bebido lo del primer mes; y Pablito el de *La Añaza*, después de haber reunido a todos los marineros y meterlos a bordo, lo celebraba con una copa, y por culpa de esa copa el barco no podía salir; y un día ya no salió más, ya que el viento Sur lo hizo entrar a la fuerza por Los Puentes; y después sus restos se conservan en Los Jameos del Agua y su timón indica la entrada a la Cueva de Los Verdes, y su cangreja está en otro lugar turístico.

Lo que también está en la memoria de todos es *La Inés* o *El Asturias*, la gabarra barriguda de Antonio Márquez, que apenas arrastraba el viento, y pintada de negro por luto de algún familiar; y las otras dos gabarras negras frente a las escalinatas del muelle chico, de las que se prendían las cucañas que ganaba siempre Gregorito y que el malogrado Manolo "El Picúo" decía

con orgullo: Mi padre se zambulle desde la escalinata y pasa por debajo de las gabarras hasta la otra banda; y nadar hasta la otra banda era la mayor proeza a que podían aspirar los muchachos de Arrecife; y *La Dolores* fue incinerada por una mano criminal en su varadero del Islote de la Fermina; y *La Fermina* fue allí construida según dicen; y desde que lucían en el horizonte ya había expertos en identificación: Ese mastelero tan alto no es de *La Lucía*, ni la mayor es la del *Rápido*; y a veces se equivocaban y era *El Rápido* y "El Bruno" lo estaba ya esperando en el muelle de Puerto Naos; y poco a poco iban entrando enfilados por los dos faros del Llano; y un día el patrón del *Rosario* se equivocó y el primer barco de Antonio Armas quedó pegado a las piedras de La Barra; y unos días después vimos a Luis Reguera llorando de emoción cuando un vaporcito peninsular lo arrancó de su lecho de muerte para depositarlo en la orilla; y había olores a pescado salpreso; y las corvinas recién saladas chorreaban agua sanguinolenta sobre los adoquines del muelle; y las manos encallecidas del costero acariciaban amorosamente aquello que tanto trabajo le había costado pescar; y éstos llegaban en oleadas para El Carnaval o San Ginés; "Las niñas desnudas y San Ginés encimba"; y las mujeres de Lanzarote parían a los nueve meses de esas fechas; y de La Graciosa surgió don Andrés B. Zala; y nadie supo nunca si don Andrés "El Húngaro" era húngaro o checoslovaco; y por él vinieron los Lamberti; y aquellos muros blancos decían a un lado: RODOLFO ALONSO LAMBERTI, S.A. y al otro lado de la puerta: INDUSTRIAS DE LA PESCA Y SUS DERIVADOS y yo me

llevé un disgusto el día en que el primer letrero se transformó en R.A.L.S.A.; y junto a ella don Antonio Medina y la Factoría Las Nieves con Pepe arrastrando la carretilla cargada de sal; y allá arriba, entre molinos salineros y cocederos La Gremial de Armadores; y *La Rosa* de Guillermo Toledo, con su baranda de popa se transformaría mucho después en yate de lujo, pero sus maderas estarán para siempre impregnadas de sal y del sudor de sus marineros; los cabos se échaban en tierra y los chinchorros se remendaban sobre el muelle o en el Llano; y los hermanos Rodríguez llegaban patroneando sus barcos; y don Pedro Medina decía: Total, para un remedio sirve y, hasta su desguace, se llamó *Para un Remedio*; y Manuel Rosa lo compartió; y *El Tres Papas* de Bordón tiene hoy una calle en Arrecife y también la tiene *El Requito*; y las lanchas costeras, por mano de los maestros, de los Trujillos o de los Sánchez, se convertían en balandros; y se aserraban troncos a mano; y posteriormente vino el francés Chirigny y montó una serrería; y Fiestas la continuó; y se fabricó un esqueleto de barco junto al muelle de Puerto Naos, que jamás se terminó; y un día Tomás Toledo trajo aquel enorme *Roble* de tres palos; y Augusto Lorenzo patroneaba el elegante *Sobrino* y ése sí que era de silueta inconfundible y fue una pena que fuera a morir en la Bahía del Galgo, lejos de quienes tanto lo admiramos por su belleza y por ser protagonista de uno de los últimos viajes trasatlánticos a vela; y la bahía de Puerto Naos, por causa de un ingeniero desconocedor de lo que sabían nuestros marineros, se fue achicando y se convirtió en un lodazal; y las lisas o las

fulas o los saifíos ya no entraron; y el viejo cañón vertical donde amarraban todos los cabos, fue desapareciendo junto con el muelle a golpe de escombros. Y así, para los nostálgicos del pasado y de la belleza, fue, poco a poco, desapareciendo lo más característico de aquel Arrecife marinero.

La Calle Real

La rebautizaron León y Castillo por absurdas razones políticas y, por eso, sigue siendo la Calle Real. La Calle Real empezaba y empieza en la Boca del Muelle y terminaba en Las Cuatro Esquinas, ya que de allí para arriba era la Cuesta de la Villa. Y en la Boca del Muelle había un risco y estaba la casa donde don Carlos Sáenz aplicaba magistralmente el Derecho y donde don Benito Pérez Armas, que dicen la habitó, hizo "derramar lágrimas a Cumella"; y en frente, el Bar La Marina con Mariano y sus paredes *apuntaladas* por marineros esperando "zafarse", por el lado Este o el Sur, según de donde soplara el viento; y Anacleto, muleta de palo y virginio apagado, *vaiveneaba* la palanca de la gasolina, en un aparato metálico con forma casi humana y pecho de blanco cristal; un incendio reducía a cenizas el almacén de la esquina, que yo vi desde San Bartolomé, y se desprendieron los azulejos del Cabildo, construido donde antes estaba *La Camella Tuchida* y que don Aquiles dejó en sus fotografías; y otra quema más tarde hacía desaparecer la Droguería Sánchez y la central telefónica donde trabajaron los hermanos Pérez y Manuel Reina y donde, al parecer, anterior-

mente estuvo la estación telegráfica o correos; el "Manco" cortaba jamón y servía vino y, donde cuentan que a un personaje que presumía de no haber entrado nunca, le soltó aquello de: Y para usted, ¿lo de todos los días?; y don Chano, ojo de cristal, vendía irrompibles zapatos "Dorta" de Tenerife, de los que oí decir una vez a mi padre: Ya cuestan siete cincuenta el par; y dando vuelta a la esquina, Miguel Lubary y Micaela, pionera de la "Camomila Intea", despachaban telas y ropa interior; subíamos unos escalones y nos encontrábamos a Carlota Reguera y una enorme balanza decorativa coronando la estantería y en la ventanita muchas veces se asomaba Juanele después de su regreso; y don Manuel Melgarejo vendía caramelos y baldes para sacar agua, y café; y La Democracia estaba en sus mejores momentos; y debajo don Manuel Cabrera inauguraba la Librería España y seguía el Registro; y en la otra acera, Teodora y Juan Prim, de vuelta del Kiosco, se acomodaban en la ventana de la casita de puerta verde y canales de tea, donde al parecer el famoso Antonico pronunció aquello de: "Ellos arriba"; y Antoñita Cabrera impartía sus clases musicales; y Gerardo, partituras bajo el brazo, salía por la puerta acristalada; y hoy, cuando entramos en el Banco Hispano, aún parece que nos llega el olorcillo a pintura de la ferretería de don Agustín; y don Virgilio revolvía cajas buscando el botón que le demandaban; Antonio Hernández garantizaba la buena marcha del Longines y la pureza de la joya; don José Prats se vislumbraba en el despacho del fondo; y don Emilio Cabrera y don Manuel Arencibia charlaban a la puerta de sus comercios; y Danielito Martínón

empezaba sus reportajes fotográficos; Juan Gualberto subía a su furgoneta verde y cuadrada; Leonardo sacaba un martillo de las estanterías del viejo comercio; don José Molina subía al fotingo que manejaba Ramón el de las gafas inconcebibles; don Claudio regentaba el Hotel Oriental; Eduardo y Luis Reguera y Eleuterio entraban sus coches en el Garaje Único; Morales empezaba sus negocios en aquel caserón presidido por un cartelón con el gordo muñeco Michelin, donde antes trabajó don Abraham; doña Nélica vendía libretas y pizarrines donde más tarde veríamos películas y don Abraham pesaba millo y partía queso recién traído de La Maleza; algún empleado de don Manuel suministraba al coche de Luis en la esquina de la fábrica de la luz, en la que mi tío Paco Lorenzo y señor Domingo y Pablo intentaban poner en marcha los motores que *amenizaban* con sus explosiones las noches de los Morales y de doña María Lasso que exponía su arte en el zaguán; y en el otro extremo, señor Jacinto llenaba el depósito del camión de Robayna; y, por la noche, unos simpáticos juerguistas lo despertaban, y cuando preguntó: ¿Dónde está el coche?; uno de ellos, en pelota y a cuatro patas, le decía: No es un coche, es una "amotita"; y don Antonio González, "El Palmero", para los amigos, manejaba el Hugues y, entre el asombro de los que hacían cola, don José María Gil, bajado de San Bartolomé en bicicleta, le esperaba con una de sus clásicas bromas, enseñándole un paquetito: ¿Cuánto me cuesta mandarlo para Las Palmas?; y Olano, cara cortada, comía manises en la ventana; y en la otra acera, don Rogelio, simpático acento peninsular, entre-

gaba a Sosa el paquete de las aspirinas y el algodón para curar a los "jarianos", mientras al otro lado doña Lola despedía a sus alumnas; y al final estaba Felo; y al otro lado el Instituto de don Ildefonso, en las mismas Cuatro Esquinas.

San Ginés

La bahía de Puerto Naos ya se encontraba atiborrada de barcos y el Quita Penas de marineros; las palmeras de Haría habían sido atusadas de sus brazos más airosos y la voz ininteligible y un tanto gangosa de Moisés cantaba "la tercia", entre las maderas blancas y caladas del antiguo coro de la iglesia. Un año más, San Ginés. En la interminable función, trajes de estreno y zapatos atormentadores de pies, don Tomás, el "Pope" tinajero de Agustín Espinosa, durante más de una hora *deleitaba* a los fieles con la vida y milagros del Santo de Clermont Ferran. A media tarde, Valdivia presuroso entregaba el bastón de mando al Alcalde de turno y don Juan Ramírez, mirada feroz, mujeres delante del Santo y hombres detrás, capa pluvial y bonete, rodeado de todo el clero insular, tras el almuerzo de gallinas bien cebadas del campo y vino generoso de doña Bienvenida, recorrido triunfal, entre tropezones con adoquines e impertinencias de algún borracho, por el callejón de Carmen, la Majorera, calle Real, Miraflores, Echadero de Los Camellos, calle Nueva, Porlier, La Plazuela, callejón del Casino y el Muelle Chico para desembocar nuevamente en la Plaza de la

iglesia, entre golpes de bombo de Gregorito, platillazos de señor Ginés "El Bruno" e instrumento ronco y batuta de los Palareas. El terreno de Muelle Chico, picado de guas para los boliches, se transformaba; las redondas puertas del kiosco se orlaban de palmeras; el único arbolito superviviente temblaba ante el diluvio de meadas que le esperaba; Cazorla instalaba su ruleta con fotografías de artistas, enmarcadas en papel encarnado, gallos y gatos de escayola, con crestas encarnadas, picos amarillos y bigotes negros; Manolo, el betunero, dejaba la caja negra en su casa-excusado del Puente de las Bolas y, un año más, sacaba el ya viejo y endurecido carnero, reiteradamente rifado y sin que nunca apareciera el agraciado, hasta que Panchito descubriéndole el truco, pudo comérselo con sus amigos en La Vegueta; otra vez más, Gregorito ganaba la cucaña, Camejo con su impecable crol, la travesía desde Los Puentes al Muelle de la pescadería; Miguel Gopar y sus hijos la regata de barquillos y la calada dentro de la barra, y la lancha costera de Lambertti la llegada hasta la Bufona y la caja de coñac Terry regalada por Castito. Arturo dejando a un lado la máquina de cajón y encadenando la mona, limpiaba las escopetas de aire comprimido que, más de una vez, hicieron blanco, de las manos titubeantes de algún borracho, en los brazos de su inseparable Candelaria; los "fenómenos" con su gordura y su caseta de lona, espantando moscas, ponían nuestro corazón en un puño; las turroneiras de Guía, con su pestilente lámpara de carburo, hacían guardia al pie de cofre y Katia, la mujer sin cuerpo, exhibía su truco de espejos en el tinglado ferial, acompañada por

sus tíos, don Alfonso y doña Manuela, futuros regentadores de El Refugio; Ceferino establecía su ventorrillo; el curiel hacía el recorrido en el ruedo hasta adentrarse en la casita premiada; un muchacho venido de Las Palmas, nos vendía polos hechos con un artilugio a modo de cepillo de carpintero, cuyas heladas garepas se aderezan a gusto del comprador con menta, fresa o limón; Los Huaracheros o don Antonio Sastre amenizaban El Teide y Mejías y su trompeta El Casino o la Democracia. Se peleaba por la noche en las Cuatro Esquinas y algún gracioso se lanzaba por las escalinatas con el terno azul, corbata roja y zapatos canelos, recién estrenados. Los Gopares encerraban en el "Cuarto de Los Ratones" al que se desmandaba y los chicos corrían a su casa a enseñar el premio ganado. Las más beatas asistían a la novena y las otras al baile; los jóvenes "mociaban" y los hombres al terrero de la Recova, donde Carampín mostraba sus malos modos, el Pollo de Anzo su simpatía, Camurria su maestría, El Faro su poder y Fefo Rodríguez su caballerosidad. Frente a la casa de Los Lamberti, tres bidones herrumbrientos y llenos de callaos, sujetaban tres palos en los que, como reos esperando su ajusticiamiento, se prendían tres ruedas de fuegos. A media noche, el guardia municipal verdugo, pegaba fuego a la mecha y, sorprendiendo a los paseantes, les hacía volver la mirada al chisporroteo de la pólvora; las tres ruedas giraban y giraban, parecían detenerse y nuevamente adquirían nuevo impulso, para finalmente entre media docena de explosiones, extinguirse humeantes y definitivamente. Hasta el próximo año, San Ginés había terminado.

La Recova

Según leo, la construyó "desde los cimientos", en el año 1859, don Manuel Rafael de Vargas y Mellado, según atestiguaron don Eduardo Coll y Ramírez y don Basilio Cabrera y Torres, ante el Secretario del juzgado de Primera Instancia de Arrecife, don Mariano Romero y Palomino. Y, al parecer, tenía dos aljibes tapados de arco y uno tapado de madera, un pesebre, un pozo de agua salada, un excusado, muchas lonjas y tres puertas; y daba a las calles de la Academia por el Norte, Marina por el Sur, Liebre por el naciente y de la Salazón por el Poniente; y el 18 de abril de 1871, la vendió, representado por don Blas Coll y Carrillo, al Ayuntamiento de Arrecife, representado por el Promotor Síndico, don Simón Ballester y Alorda, en precio de cuarenta y cinco mil pesetas, ante el Notario don Francisco Hernández Fierro. Pero cuando yo la conocí ya la calle de la Salazón se llamaba Manuel Miranda, y por aquel lado estaba el Ayuntamiento y el Juzgado, y era de uso casi exclusivo de las mujeres de San Bartolomé; desde antes del amanecer todas hacían cola ante el fielato de Argana; y, poco a poco, llegaban Serafina, y Margarita Fajardo y Manuela y Carmen y María, "La

Carera"; y parecía imposible que, de unas alforjas y un par de cestos, saliese tanta batata, cebollas, ajos, tomillo, cilantro, piñas, fruta, higos picones y perejil; y los muchachos que esperaban a que don Mario abriera las antiguas lonjas convertidas en escuela, cabalgaban los burros para amarrarlos en el corral donde berreaban los machos y balaban las cabras esperando su sacrificio; y, algunas veces aquellos chicos, recibían como recompensa un cacho de batata o una "escalita" de uvas, o un membrillo que casi nadie compraba, pero que, remojado en el agua salada de la escalinata del Muelle Chico, sabía a gloria; o la recompensa era simplemente la "montada" por haberlo retratado don Aquiles en La Recova rodeado de mujeres vestidas de negro y chiquillos que hoy alguien recordará como sus bisabuelos; y en la Recova entraban otros guardias municipales a poner orden y oír quejas; y los olores mezclados de la plaza eran inconfundibles; y allá, al fondo, en la parte más oscura estaba el "cuarto de los ratones"; y, por sus rejas, asustados, veíamos al borracho o al loco de turno, en aquella época en que no había verdaderos delincuentes; y las mujeres de San Bartolomé, con los restos no vendidos, recorrían Arrecife; y María, "La Carera", le tocaba a mi madre por la ventana, con la vara de membrillo: Doña Margarita, que no me queda más que medio kilo de uvas de las de Carrasco. Un día el centro de la Recova se llenaba de jable y "El Curita" de Argana, Fefo "El de Matilde" o el Pollo de Tao, se disputaban la supremacía de la lucha; y don Juan, el buen párroco de Haría, llegaba corriendo porque lo largo de la procesión de San Ginés casi lo deja sin ver

las agarradas; y los monaguillos, se equivocaban al repicar, emocionados por el "garabato" de Chano, el de Tao; y Chanito Velázquez y don Fefo Díaz discutían, recordando sus tiempos de protagonistas del terrero; y el minúsculo pero impresionante don Juan Bautista era homenajead, recordando sus proezas; y allí, en primera fila, los hermanos Fajardo, y mi tío Augusto, y los Cerdeñas, y don Eugenio Rijo que casi "le pegaba un cango" a la pata de la silla, haciendo casi más esfuerzo que los mismos luchadores; y una tarde nos sorprendió un extraño artefacto, un cuadrilátero en el que, entre cuerdas, Jorge Marón traspasado desde la lucha canaria, "Zambudio" y Castillo, se golpeaban brutalmente; pero afortunadamente esa lucha libre no cuajó; y anteriormente, me decían, estuvieron los circos y los cuarteles y no recuerdo bien si me decían fue sede del famoso Batallón de Luchana; y hoy ya casi nadie le llama La Recova; para la mayoría es simplemente la Plaza del Mercado.

Juegos infantiles

Debajo de la luz, junto a la casa de Cayaya y Peregrinita, "Noy", espalda apoyada en la pared, hacía de soporte a la cabeza del primero de una ristra de muchachos encorvados y enlazados por la cintura. "Chichiri voy...", y Pepito quedó montado a burro sobre el primero de la ristra; forcejeos por mantener el equilibrio, caída, y Pepito pasó a ser uno más de los agachados; al poco rato, el callejón de La Rapadura, el de En la Esquina te Espero, el callejón Liso y la calle del Campo, repetían como un eco: ¡Guirgo... guirgo... guirgo...!; carreras, saltos a la piola de las rapaduras de los callejones, un tropezón en la esquina de la barbería de Aurelio con un "moro notable" que salía del Casino, y: "Yo me libré", discusiones, y la aparición de señor Pepe Duarte, uniforme gris desgastado, vara de membrillo, gorra de plato, humeante cachimba y pistola de la que se comentaba entre los chicos que sólo tenía el "cabo", recordaba que después de las nueve no teníamos derecho a estar en la calle. Bajo la misma luz y al día siguiente, cuatro de pie y otros cuatro encaramados a su espalda, iban preguntando sucesivamente: ¿Huevo, caña, araña o guincho? Y, sin saberse el motivo,

llegó *el tiempo* del trompo; y yo tenía uno violado que me gané en San Bartolomé en la escuela de Guillermo Topham; y Miguel Robayna los hacía mejores que los de fábrica, con madera del moral de don Daniel; y la púa roma que traían se la cambiaba por una de tacha muy afilada, que rajaba al del contrario cuando acertaba a dar un puazo en el redondillo; y dentro del hueco se le ponía una mosca viva para que zumbara mejor; y llegó el tiempo del boliche, y mi primo Rafael Reguera los *escurría* a todos; y tenía una "chinchita" de acero; y Perico perdió la "bonitura" con reflejos de colores, que el padre le trajo de Las Palmas el viernes; y Cristín, la blanca, sacada de una botella de gaseosa; y Juan los boliches canelos comprados en la tienda de doña María Morales; y todos teníamos una bolsita de tela que se cerraba tirando de un hilo, para guardar los boliches; y vino el tiempo del arco; y detrás de los trastos, lleno de polvo y herrumbre, salía el arco cortado de un bidón de aceite de la tienda de Carlota; y uno peleaba con la madre que había tirado a la basura el "tocador"; y se hacía otro con un cacho de palo y una verga; y en el tiempo del boliche el hijo del militar llegado de la Península fue ridiculizado por querer jugar a las "canicas"; y, con las maderas de una caja de botes de leche se hacía un camión con ruedas casi cuadradas y *trompa* hecha con un bote de algo; y en casa de Paquito Fábregas, junto a La Plazuela, se guardaba la flota de barcos de corcho y lata; y Francisco Armas sacó el "veneno", "jolatero" con un tirapiedras en la proa; y en casa de Pepito Riverol se hacía peleas con gallos quíqueres; y Estanislao y yo enseñábamos a hacer, como en San Bartolomé,

un camello con una tunera y la silla con un arco de pipa; y una tarde Pepito fue amarrado como "prisionero de guerra" de los de El Lomo, al Puente de las Bolas; y hubo que rescatarlo; y, debajo de la marea, junto al Portillo, a Manolo, refugiado en una cabaña de callaos y palos, le hicieron una "coneja" en la cabeza las piedras de los de La Destila; y también era parte del juego cambiar, debajo de aquella mortecina luz, una estampa de Simbad el Marino por otra de El tesoro de Zita y dos de Cañete, Clorato y su fiel Pun. Desde Allá Arriba, Manolo me recuerda: Cuéntales que, cuando me dijo "Picúo", yo le contesté: Y, a ti, ¿no te "diciban" Periquito "El Comboy".

El Callejón Liso

Hasta hace pocos años su piso arqueado era de brillante cemento, que se decía sus constructores lograron a base de "darle callao"; y estaba limitado por dos rapaduras que todos saltábamos a la piola; y tenía enfrente al Portillo; y de éste se bajaba por la rampa para pescar cabozos o agarrar cangrejos a marea vacía, o bañarnos a marea llena; y era, y es, tan chico que sólo tenía cuatro casas; el frontis de la de Marito Reguera, los laterales de la de don Carlos Díaz y don Rafael Fiestas y la trasera de la primitiva pensión Vasca; y Marito y Pedro Eduardo salían con la ración para las cabras que tenían en el patio del Casino, y en el que don Rafael jugaba al tenis; o salía llevando los remos para navegar en la yola o las velas del balandrito encajado en un extraño aparejo con ruedas, frente al Castillo; y por la puerta trasera de la pensión, enana y canela, salían "La Vasca" o sus hijas, o don Manuel Larrañaga, el Delegado; y más tarde salió Rocha con un coche de bomberos, grande, rojo y con cuerda de resorte que don Pepe le había traído de Las Palmas y que nos dejó embobados; y el Callejón Liso fue campo de fútbol, y pista de patinaje, y terrero de lucha, y ferial infantil

una vez acabada la fiesta de San Ginés; y con una ruleta de fabricación casera, con un cajón de leche, muchos clavos y un arco de embalaje con un trocito de zuela en la punta, nos jugábamos un tesoro de chapas de cerveza; y en el Callejón Liso se peleaba contra todos "Michelín"; y el clan de los Reguera tenía sus reuniones; y al lado mismo, en el chaplón de la casa de su suegra, de Carmela, Pepe Martín el marido de Matilde, nos contaba aventuras de guerra y de mar; y en el estrecho callejón, señor Pepe Duarte por una punta y Bartolo por otra, aculaban a los futbolistas fugados de la escuela de don Pedro, junto a la Pescadería; y se llevaban el varillazo de señor Pepe o el consejo de Bartolo, más conciliador; y por allí pasaba "Guayare" camino de Puerto Naos; y fue paso obligatorio de los visitantes del bodegón de Micaela; y no recuerdo bien el nombre de uno que se decía que en su juventud jugó muy bien al fútbol; quizá era Angelito; y pasaba Miguelito "El Peligroso", menudo y esmirriado y peligroso sólo en la ironía; y llegaba Chanito, un marinerito de Las Palmas, arribado a nuestro puerto; y Chanito soportaba diariamente y con paciencia la cruel broma del puro explosivo; y tranquilamente, le partía la punta "refolada" y seguía fumando; y el Callejón Liso perdió su piso convexo, y su cemento se transformó en mosaico; y de las rapaduras ya no se tiene noticia; y hoy, cuando alguien pregunta por la calle Carnicería seguramente no sabe que siempre se le llamó El Callejón Liso.

Trompos

El día del Carmen, un grupo de "muchachos" (Evaristo, Gregorio, Alonso, Manuel, Manolín...), nos recordaron pasados tiempos. Evaristo "endoraba" la liña, que ya no era costera; Manolín acariciaba la púa; Alonso lo ponía en el redondillo y Gregorio intentaba sacarlo. Golpe a golpe..., zumbido a zumbido, los trompos subían o bajaban la cuesta de la casa de Agustín y Manuela; un peninsular comentaba que la "cuerda" de la "peonza" no se sujetaba a la cabeza; y uno de los nuestros le rectificaba que en la "moda" de Lanzarote, sí. Y me hicieron recordar: Ya creo haberlo dicho hace cierto tiempo: Había trompos de pinzapó en los que el puazo sólo dejaba un agujero; y los había de maderas duras que, al primer golpe se partían; había púas de "mesa" y las cambiábamos por las de "tacha" afiladas; había trompos "pajita" y otros "carraqueños"; había que ponerle una mosca dentro de la púa para que zumbaran; y teníamos liñas costeras bien embreadas; y se jugaba al redondillo; y perder suponía tres puazos que muchas veces nos dejaba sin el trompo violado y con las lágrimas apuntando en los ojos; y yo recuerdo trompos de madera de moral; y los comprados

en casa de Manuel de León; y cuando llegaba "el tiempo del trompo" como por milagro, las mesas, y los bolsillos, y los bancos de la escuela, y el suelo de la plaza, se llenaban de trompos y de liñas; y de repente todos desaparecían: había llegado "el tiempo del boliche".

La Plazuela

La Plazuela tiene forma de fonil, con el pico frente al Cabildo y otras entradas y salidas por la calle Porlier, del Campo, Riego, Carnicería y el Callejón del Casino. Antes estuvo empedrada y, al parecer, las cabras comían las "corrígüelas" que nacían entre piedra y piedra. Después la "empicharon", pero los camiones militares se llevaron en sus ruedas el asfalto y arena. En el extremo del embudo estaban don Chano a un lado y Miguel Lubary y Micaela al otro; de otra puerta salía don Juan, el práctico, para subirse a la falúa de Matías y atracar los correillos; don Carlos cuidaba de la pensión de la casa de don Eduardo Díaz, hasta que un anochecer el fuego, fuerte olor a tea quemada, la dejó en solar; y había otros dos pequeños callejones con rapaduras, el que iba a El Refugio, y el que los bebedores habituales utilizaban para llegar a En la Esquina te Espero; y junto a éste la portada de la casa de doña Reyes, donde un año vimos un Belén viviente con fondo de papel "vaso" pintarrajeado con barro; y allá al fondo del patio las cuerdas de los caballos; y los caballos tenían pretales y sillas negras; y antes fue Hospital Militar y Cuartel de Automovilismo;

y de ella salía Julio Blancas con su moto alemana; y en la esquina, dicen que estuvo el Registro, pero yo a quien conocía fue a Aurelio y sus manías; y en la otra acera unos viejos almacenes de los que surgió la casa de don Isidro; y en la casa de los Torres, la tertulia de Juanita Schwartz, que no era alemana sino muy arrecifeña y de quien guardo un recuerdo imborrable; y en la tertulia, Librada Díaz, dejando a un lado el forrado de botones, y doña Luisa Pinto y Amalia la de Castillo y doña Isolina...; y en las noches de buen tiempo se mezclaban las voces femeninas y el pedaleo de la máquina de Juanita; y, por la tarde Cayaya y Peregrinita, traje negro hasta el suelo y crespón hasta la cintura, regresaban y sacaban del anticuado bolso, una enorme llave; y primero don Vicente Torres y después los Pérez y Parrilla atendían a sus clientes en el comercio de la esquina; y entraba Pepita Monasterio a comprar algo para sus veinticuatro gatos de angora; y un día Pepita lloró cuando una extraña enfermedad dejó reducida su familia gatuna a cuatro o cinco; y al comienzo de la calle Del Campo y que realmente llevaba al Camposanto, los Fábregas cortaban y vestían con elegancia a toda la población lanzaroteña; y en la base del triángulo, don César Cabrera trasladaba sus efectos timbrados; y de la esquina próxima salían los numerosos Rijos, desgraciadamente desaparecidos poco a poco; y era simpática por su forma de oír y entender las cosas, doña Rafaela; y primero Pedro y después Luis Suárez montaron su gran industria de carpintería; y todo esto lo conozco muy bien ya que, junto a la carpintería estaba y está la casa que compartían la familia Martinón y la mía.

Pronósticos

En la calle Fajardo, y en una especie de despacho a la izquierda entrando, recuerdo de mis años de estudiante a Leandro Perdomo y a Polo Díaz, hablando de proyectos de un periódico lanzaroteño; y un día apareció, en dos simples hojas, sobre la silueta negra de la isla, un nombre que marcó una etapa de su historia: Pronósticos estaba en la calle. No se me olvida el impacto que, en La Plazuela, frente a lo que sería Cuartel de la Guardia Civil, me causó ver a un muchacho pasar corriendo y voceando el que en mi existencia, fue el primer periódico lanzaroteño. Al poco rato tenía en mis manos, con cariño, aquel Pronósticos con la fotografía de un portero futbolero, creo que se llamaba Cristóbal y que fue del "Marino" de Las Palmas, encabezando la información deportiva. Y Leandro, casi en solitario, luchó; y aparecieron las colaboraciones; y comentábamos los ensayos de "Fidel Roca"; y las crónicas de "Guito"; y los artículos de doña Leonor Medina; y a Abel y a Virgilio Cabrera; y aquellas ingenuas pero sabrosas reseñas de quien iba y venía de Las Palmas; y de quien se casaba; y por cuánto había perdido el "Marino"; y cuando el "Torrelavega" fue campeón; y cuando

el correíllo tuvo que irse sin atracar por el tiempo sur; y la película del cine de don Paco; y, durante años fue lo que marcó la casi única salida cultural de la isla. Posteriormente ha habido otros; pero al que escribe hoy, le causó un impacto imborrable.

Ramón

Quizá no volvamos a oír sus gritos lloriqueantes y no veamos por el Reducto, la Pescadería o la Marina, de Arrecife, su figura inconfundible: pie calzado con alpargata doblada en ángulo recto, pierna renqueante, brazo semiparalizado, bastón amenazante, orejas descomunales y sonrisa, las pocas veces que le dejan sonreír, adornada de enormes dientes; y no sonríe porque no quiere, sino porque no lo dejamos; parece una obligación de todos, en cuanto se le ve apoyado en una esquina, gritarle "¡Canario!" para oír, en su inocencia, el torrente de intimidades anatómicas de la madre del provocador o las acusaciones de las mayores depravaciones imaginarias del "gracioso" de turno; y a los que considera sus amigos les sonríe con su sonrisa inocentona: Ya te tengo apuntado para las Pascuas; y *tenerte apuntado* supone la entrega de los cinco duros; y se han contado muchas anécdotas que yo creo chistes repetidos y aplicados a todos los de su condición; pero yo he sido testigo de algunas; y cuando hacía mandados y al parecer sólo le daban café con leche: Yo no trabajo con ella; no me daba más que "sayuno" por la mañana; sayuno al medio día y sayuno por la

noche; y cuando a mis hijos le hacía sus gracias y le daban un duro, un día que la repitió, ya por la tarde les soltó: No, ya me "pagates" esta mañana; y así es de bonachón; y se cuentan muchas: La de Pildáin: "Ya te trinqué obispo"; y la del último insulto: "Falaje"; pero yo no las creo; se le atribuyen porque todos lo queremos; y lo queremos ya que ha sido, y afortunadamente sigue siendo, uno de los personajes más populares y buenos de Arrecife; y ahora, cuando aún vive; pero en, quizá, la última etapa de su vida y cuando posiblemente no lo veamos más ni oigamos su santa y justa indignación, yo quiero rendir homenaje a Ramón; y que a todos nos perdone, si alguna vez le gritamos: ¡Carajito! ¡Canario!, o ¡Leva, Leva!

Puerto del Carmen

Amanece y el muelle se llena de hombres y mujeres, palanques, liñas y nasas. "Pon el rosón a bordo"; se suelta la cala; la *Rosaura* cabecea y la *Inmaculada* avanza; la diminuta chalana, casi cuadrada, lleva a Antonio al barquillo; la *Tejera* pone el motor en marcha y *El Chicharrero* mira al viento. Ya no quedan barcos; silencio y ya luce el Sol. Los turistas llegan; bolsas de plástico ávidas de pescado y cámaras deseosas de imágenes. Mediodía: ya se venden bogas y cabrillas, fulas y sardinas. Atardece: El *Marazul* atraca y Manolín desembarca el palangre; pescadillas y pejerreyes; Agustín *relinga* sobre el muelle "arrazados", y Teodomiro atunes; la báscula herrumbrienta chorrea sangraza y pesa: ¡Doscientos veinticinco!; el camión chirría y suelta agua salada sobre listados y atunes. En El Sardinero los hermanos de pelo rubio abren la puerta: y en El Marinero una cerveza calma la sed de un día de mar; una blanca caja de plástico contiene veinticuatro bolas y un boliche; Antonio arrima la primera. Luis, de "un palo" deja ganando a la roja; Antonio arrima más entre un ¡Oh! de los "chonis" y vuelve a ganar la verde; Juan arrima y las rojas vuelven a ponerse por delante; la

verde pesada de Teodomiro hace un "saquideje" y Felito vuelve a arrimar: No jodas... la roja tiene una "cuarta" más; se saca la correa, el palo y el metro; alguien intenta "abrochar" y falla y pierde; quien no pierde la sonrisa es Manolín aunque pierda la bola o pierda el arte. Las mujeres charlan al soco de la casa de Agustín que, desde la ventana, mira la partida y convida a sardinas asadas y vino de La Geria; en El Marinero los perdedores pagan la ronda y la tapa; Félix, Pepe, "El Majorero", y Germán forman el nuevo equipo; Antonio se estira, apoya la bola en el suelo, le da un pequeño giro y tira; el otro no arrima; Félix se cabrea pero deja la bola "mamando" del boliche; ¡Saca esa bola!, ordena Teodomiro y un tiro limpio deja ganando a la verde; las mujeres se animan y dan las primeras abrochadas y arrimes en la cancha de arena; los hombres discuten, pero la verde tiene dos dedos menos que la roja; el boliche sale fuera de raya y hay que empezar otra vez; se pierde y se paga la última; las bolas vuelven a su caja... ¡No permitamos que esa tranquilidad y camaradería de la Plaza del Puerto del Carmen pierda su carácter!

Crucita

Hace unos días, leía en el Cementerio de Arrecife: "A Crucita... de sus sobrinos". Y seguramente esa es la Crucita que todos conocimos; la Crucita que fue repartiendo "dulzura" pero que su desmejorado físico creo, no le permitió tener marido e hijos; y, por eso eran sus sobrinos los que la recordaban. Y yo también recuerdo unos golpecitos tímidos en la puerta acristalada del zaguán de mi tía: "Aquí está Crucita"; y Crucita levantaba el paño blanco que cubría la barqueta y, con mucha delicadeza, sacaba una a una las truchas: Doña Donatila, a media peseta, las diez son un duro; y Crucita, de puerta en puerta, iba vaciando su cesta; y volvía para volverla a llenar; y era delgada de unos cuarenta kilos; y cuando daba la vuelta a una esquina yo temía que la brisa se la llevara; y su cara chupada, se adornaba con unos espejuelos de pasta comprados en casa de don Rogelio, y que Segundo, el de la farmacia, había remendado repetidamente a base de pegotes de acetona; y uno de sus cristales estaba esmerilado dándole aspecto tuerto que realmente no era; y Crucita repartía truchas, y merengues, y mantecados, no sé si de fabricación casera o comprados para

revenderlos; y: ¡Qué raro, hoy no ha venido Crucita!; y es que su salud era muy delicada; y ese día era casi trágico para los muchachos de la casa; y por eso yo digo que Crucita pasó por Arrecife repartiendo dulzura; y por eso yo, aquel día en el Cementerio no recé por Crucita; simplemente le di las gracias por el sabor de sus truchas.

El circo

La explanada del Muelle Chico, junto al Kiosco, se fue llenando de maderas, chapas, lonas, clavos, cuerdas y cables metálicos, sillas plegadas y cachivaches, que los largos carros de Santiago o Marcial, "La Cochina", con sus enormes mulos de subasta cuarteril, envidia sana de Machado con su menudo carro y no menos menudo burro, o los desvencijados camiones de Los Leones o Los Martínez, de La Vega, o de Juan Rojas, transportaban desde las bodegas del *Gomera*, o del *Guanchinerfe*, *La Evelia* o *El Bartolo*, impregnadas aún del olor del eterno puro de su patrón David. Y se fue llenando de muchachos y de otros que ya no lo eran; y, martillazo a martillazo, amarrijo a amarrijo, jadeo a jadeo, grito a grito, la silueta del circo se fue elevando para ya, al anochecer, estar dispuesto a iniciar, una vez más, su cita lanzaroteña. Anocheciendo, entre redobles arrítmicos de su sucio tambor, alejando momentáneamente su cambada y no más limpia cachimba, la voz cascada, a través de la bocina metálica, de Pepito "Cañadulce" nos convocaba: ¡Esta Noche,... esta noche,... esta noche, ... todos al circo! Y esa noche, entre luces parpadeantes, gritos de los muchachos

y el ramplón pasacalle de la charanga, aparecía don Pedro, de rigurosa etiqueta, a presentar a su circo, que era su familia; y salía "Nene" con su bigote a lo Clark Gable, con sus ojos orlados de blanco, su gorro picudo, sus lentejuelas y su inseparable y ya bastante escachado saxofón; y surgía Adela, con su cabellera oxigenada y su "rulo de la muerte", que le costó más de una escayola, deseando terminara la función para echarse una copa con sus amigos En la Esquina te Espero; y aparecía "Pocarropa"; y veíamos nuevamente a don Pedro con su silla aérea, con aspiraciones a trono de saltimbanqui, para recoger, tras feliz pirueta a la hermosa "Morena", impulsada desde el trampolín por el peso de sus hermanos; y estaba Solita Ojeda y su "Zarzamora"; y algunas veces, dejando la caseta del tiro o el cajón fotográfico en manos de Candelaria. Arturo, desgranando en la pista los lamentos de una gaita de la Asturias de su nacimiento y que había cambiado por la rueda de afilar; y Chelo y su hermana, la "Morena" y la "Rubia", que, en aquel Arrecife pudibundo y reprimido del meyba y del bañador con falda, de la prohibición de los bailes, de la multa gubernativa por el beso callejero o de las pastorales de Pildáin en la voz anatemizante de don Lorenzo, y que don Víctor San Martín nos leía en San Bartolomé, la visión de las piernas de aquellas dos muchachas, era el único desahogo sexual de una juventud que no disponía de los cinco duros que suponían las otras muchachas pintarrajeadas que, en desfile semanal, veíamos llegar para su control sanitario al Centro de Higiene; y aparecía el alma del Circo; aparecía Toti; y Toti estaba, en el alambre; y Toti estaba en el

trapecio; y Toti estaba en el martillazo para levantar el circo; y Toti, vestido de luces, huyendo de los descomunales cuernos de un toro de ficción, encaramado en el poste más alto del circo decía: ¿Yo el "Litri"?..., el litricista; y al requerimiento musical de su hermano Nene: Dame la nota: re-la-mi-do, contestaban: Tómalas: re-chu-pa-do. Y llegó el incendio; y al día siguiente, entre cenizas y escombros, zapatos, sombreros o rebecas de los que huyeron y afortunadamente no sufrieron daño alguno. Y, gracias a la generosidad del pueblo de Lanzarote, hubo nuevamente circo, y circo gratis para todos; y, aquel circo de madera, ya no era de madera, sino de planchas de zinc, pero Toti y los suyos seguían siendo los mismos. Y dicen que anteriormente nos visitó el Circo Segura; y también don Alfonso y Machín peregrinando de pueblo en pueblo; y Crespo nos deleitó en el Cine de don Paco; y "Cubati" al aire libre; y después volvió el Circo Segura, diezmado tras su accidente peninsular, junto a la calle de La Porra, detrás del Instituto Nuevo, con sus ya envejecidos Raúl y Arturo, y Pinito del Oro, y Rosario portora de la "escalera de la muerte" y Domingo, "El Cotorro", acomodándonos; y vino el Circo Arriola en la explanada del Carbón; y vino con él, el olímpico en potencia "Tomás" y sus barras paralelas, y sus zapatos imantados y su ojo bizco; y el Circo Ruso y el de Berlín; pero ya no era igual; el circo de Lanzarote, el familiar, el de todos, era el Circo Toti. Y, aquel muchacho que no dispuso de la peseta y media para la entrada de la primera noche, ni se pudo colar, ya no pudo nunca ser feliz del todo.

Pregonero

Cuando venía el Circo Toti, lo hacía "Cañadulce": ¡Esta noche, ...esta noche... todos al circo...! Cuando no estaba el circo, otro hombre: muy moreno, nunca sonreía, caminar lento y ceremonioso arrastrando los pies, a largas pero lentas zancadas, bocina hecha por un latonero, normalmente pantalón estropeado pero muy planchado y camisa caqui de su época de legionario. En las grandes solemnidades una especie de chaqué rojo, ribeteado de blanco, que hacía reír a los muchachos y a otros que no lo eran: ¡Esta tarde, a las cinco, gran luchada en el campo de *turbo*!... ¡Esta tarde, todos a la lucha!... ¡Jorge Marón y Araña por Las Palmas!... ¡No deje de asistir a este gran espectáculo!... ¡Esta tarde, a las cinco de la tarde, todos al campo de *turbo*...! En la esquina del bar La Marina, en la de la Vasca, en La Pescadería, en la de don Rogelio, en las Cuatro Esquinas y en la de Eusebio Rocío, entre calores, sudor y tierra, el andar parsimonioso y la jurria de muchachos rodeándolo embobados. A la mañana siguiente, cansado del esfuerzo, más lento y parsimonioso, mono azul y rodilla en tierra, sacaba brillo con ligeros toques de cera en las puntas de los dedos y mucho trapo, al

zapato del "moro notable" apoyado en la caja negra adornada de tachones dorados. De vez en cuando desaparecía y nuevamente lo veíamos resurgir rodeado de chiquillos en alguno de aquellos "nidos de ametralladoras" que marcaban nuestras costas. Don Casto le había pagado dos duros y repetía en las mismas esquinas: ¡A las dos, grandes peleas de gallos entre el Norte y el Sur, en el patio de la Democracia!... ¡Anímese con una copita de coñac Terry...! Todos los conocimos, lo apreciamos y perdimos su rastro. No sabíamos su nombre, pero contestaba cuando alguien le mostraba un zapato enterregado y lo llamaba: ¡Eh, MERENGUE...!

María

Pelo casi blanco, pelado "a lo muchacho", paso menudo que era un verdadero desfile de los modelos de abrigos y bolsos que todas las señoras de Arrecife habían arrinconado desde hacia años; cuidó a doña Isidora hasta su muerte y luego *se echó a la calle* en el buen sentido de la palabra; de estar siempre asomada a la ventana del caserón de dos pisos frente a la tienda de los Prats, pasó a estar continuamente en la calle y siempre camino de la iglesia; y es que, en su deliciosa locura, se había enamorado perdidamente del párroco; y asistía, en medio del pasillo y entre suspiros a todas sus misas; y a la salida de una de ellas la oí pelearse con el otro Ramón; y éste la llamó como le decía a todas las mujeres; y ella en su media lengua lo llamó cojo y bobo y es que seguramente, o no sabía lo de "Carajito" o le daba vergüenza decir "palabras feas"; y a todos nos paraba por la calle; y cuando se llevaron al párroco casi no sobrevive y pasó a odiar a curas y obispos; y, en su poca lucidez en cualquier esquina le hablaba por teléfono; y María le declaró la guerra a los demás curas; y a don José le tocaba por la ventana de madrugada: ¡Levántate gandul a decir misa!; y es que a los nue-

vos los consideraba intrusos; y ha sido uno de los personajes más populares de Arrecife, aunque procediera a lo mejor de Tinajo o de por allá; y hoy, casi sin darnos cuenta, la echamos de menos en la calle Real; y allá en su internamiento hospitalario seguro que está recordando a todos los que, unos de forma cariñosa y otros de forma casi cruel, bromeaban con sus boberías.

Pepito

Era muy feo; cabeza "al cero", "paletas" separadas que pronto se cayeron; bigotito casi invisible, y mirada "atravesada", que en la realidad no lo era, ya que era *un alma de Dios*. La barqueta al brazo y allí no había "garepas" como pregonaba su colega en la puerta del cine; allí sólo había "manites"; y el cucurucho valía una "peteta" y seis un "lulo". Ese era Pepito; y para identificarlo no había que decir más en aquellos años sesenta; alguno le añadía lo de "Peteta"; y lo veíamos silencioso en las puertas de los cines; y en el Muelle Chico, y a lo mejor el martes al mediodía a la salida del correo; y no pregonaba; él tenía sus clientes, todos eran sus amigos y no había competencia. En Arrecife no había más manises que los de Pepito; pero Pepito tenía una vida casi secreta para la mayoría; y es que Pepito cuando empezaba a anochecer dejaba a sus clientes de la puerta del "Atlántida" y, despacito, poco a poco, subía la cuesta de Las Cuatro Esquinas y sólo paraba en "Las Rapaúras"; y allí tenía su principal clientela; allí entre bromas sexi y el alcohol de sus clientes, hacía su mejor negocio; y ya de madrugada, también despacito; entre tropezones en piedras y caídas

en baches, casi en la oscuridad, volvía; y, en la más negra y desgraciada de sus noches, dejó su vida en aquella carretera; y desde Arriba, viendo su cuerpo destrozado y el contenido de su barqueta desparramado, seguramente repitió aquello que tantas veces le oímos decir: ¡Todo vendió; todo vendió...!

La Tafeña

"Te dije que no le pidieras el *tiesto* a seña Carmen; que en El Puerto, por medio duro, te hacen uno en la herrería de Cañada"; y llegó Pepillo con las manos tiznadas de cargar con el tiesto: Dice la vieja que no, lo que no tiene es "remeniador"; y Manuela se puso a hacer un remeniador; con un cacho de pír-gano, unos trapos viejos y un fardo amarrado con un atillo; y más que un remeniador parecía el mazo con que Gregorito tocaba el bombo; y Manuela colocó los teniques; y puso debajo carosos y un papel vaso, y encima las varas de parra que se amontonaban en el patio: ¡Tráeme un pisco de *petrolio* que el fuego no pega!; y ya pegó el fuego; y los ojos de Manuela se llenaron de lágrimas, no de dolor, sino del ardor del humo; "ya está caliente, tráeme el millo"; y echó el millo; y unas embozadas de jable que Pepe había traído aquella mañana de El Monte; y moviendo *en redondo* el remeniador los fue mezclando; y entre abanicazos al fuego con un cartón, ojos chorreando lágrimas y estallidos del grano, se acabó la primera tanda; y Pepe con unos trapos levantó el tiesto y lo vació en una "media" que había al lado; y mientras Carmita separaba con el cribo el millo

del jable, la madre empezaba con otra tanda; y ya para cuando estaba "pardiendo" se había terminado la tostada. "Ahora pon un poco de millo del bueno para hacer una tafeña; y después aprovecha las brasas para asar unas batatas y unas papas y no tienes que hacer comida para esta noche", sentenció Pepe; y el jable caliente se amontonaba en una esquina; y el millo y el trigo ya estaban en los costales. "Mañana temprano agarras la burra y llevas los sacos a la molina de don José María, y le dices a Francisco que yo no le hago caso a aquello que dice pintado de encarnado en la pared de que *hoy no se hía y mañana sí*; y si se pone muy temoso, lo llevas a casa de don Juan Armas o a la de Gervasio".

Macartur

El McArthur americano llegó a general; y el Macartur nuestro no pasó de soldado raso. Un día al salir del Instituto nos vimos sorprendidos por un personaje algo esmirriado, pelo muy negro pero poco abundante, pañuelo de colores al cuello, bigote cantinflero y caja de betún bajo el brazo, que, cuadrándose y brazo en alto, nos espetó un "¡Heil Hitler!, ¿Limpia?". Era Manolo que se había licenciado de la División, recalado por San Bartolomé y casado con Rosita. Todos los días venía y se marchaba en las guaguas verdes de la Gíldes hasta que se mudó para Santa Coloma; se metía con conductores y cobradores finalizando con una sonora carcajada y, en los bancos del Muelle Chico, delante del Casino, donde ejercía su profesión entre "moros notables", nos contaba de Rusia y de paisajes helados, de fríos y de "hornillos de Stalin", y nos metía por los ojos Cruces de Hierro colectivas, fotografías, galones, cruces gamadas y por los oídos, alguna palabreja rusa o alemana, que a lo mejor eran verdaderas y, como consecuencia de los fríos pasados, tenía que usar una banquetita con un rodete de trapo; todos sabíamos que se llamaba Manolo, pero sólo lo conocíamos por Macartur; y a pro-

pósito del nombre, no el de nuestro Macartur, sino el del general americano, nos contaba la anécdota del entrañable y retirado militar que, cuando oyó hablar de éste y de su retirada de Filipinas, exclamó: ¡¿Marco Arturo?!... ¡Bueno!, si lo tuve yo de asistente en Manila; y Manolo desapareció de Arrecife; y pasados los años, un día, en "Brasilia", en Las Palmas, nos vuelve a sorprender un: ¿Limpian los conejeros?

La marina

La marina de Arrecife empezaba en el Muellito de Palo frente a las salinas de Santos y terminaba en las Casas Baratas de El Reducto. Aún el "ingenio" de un ingeniero no había transformado a Puerto Naos en una charca maloliente, contra la opinión de los verdaderos expertos; y los cientos de barcos, *El Indio*, *El Requito*, *La Juanita de Hierro*, *La Inés...* se mecían en sus aguas, y, de vez en cuando, el tiempo sur llevaba a alguno hasta las peñitas de la orilla; y eran momentos de sacar cabos, amarrar anclas y echar potalas; los dos postes herrumbrientos de los faros de enfilación encendían sus luces roja y verde en el Llano y el torrero Carreras lucía su figura menuda y enorme boina vasca, en la ventana pintada de encarnado. Del Bar de Ginori, que era Ayudantía de Marina en aquellos tiempos, salía don Antonio Ruiz, que en las grandes solemnidades se tocaba de gala y nos recordaba un Napoleón revivido. Los Lamberti, don Andrés "El Húngaro", don Francisco Delgado, Plata o Domingo Suárez entraban por el portón entre leyendas: Rodolfo Alonso Lamberti, S.A.; Industrias de la Pesca y sus Derivados; María "La Carera", sacaba el burro del "Corral

Concejil" para recoger en nuestra llorada Recova las batatas no vendidas; los chicos del Colegio de las Monjas salían al recreo y, al ladito mismo, señor Marcos limpiaba las escaleras del nuevo Centro de Higiene, Manolo, "El Betunero", salía del Puente de las Bolas, y había convertido en vivienda el antiguo retrete; y Ramón derramaba el balde en la escalinata chica; y en la grande, Bienvenido, César, Manolo Camejo y Manolo Díaz Rijo preparaban las corcheras para las competencias y los saltos náuticos. Vicente estaba parado en la puerta del Casino y miraba de reojo a Bonilla que limpiaba por enésima vez los veladores de mármol; los muchachos del Callejón Liso salían por El Portillo a bañarse y señor Juan "Carajito" sacaba las viejas del barquillo para llevarlas a la pescadería y su mujer, señora Elena, rezaba interminables rosarios. Junto a la pescadería unas chabolas eran ocupadas por gentes de Papagayo y la casa de Jordán mostraba su gigantesca pajarera vacía, detrás de la puerta del zaguán. Al lado mismo, aquel gran hombre que fue Agustín de la Hoz, padre, con "Guayare", repasaba redes y contaba cabos y anzuelos; doña Felisa, la madre de los Sánchez, asomaba su sonrosada cara por el postigo y daba conversación a los que pasábamos; Tabares pasaba en el quitrín camino de Puerto Naos; mi casa se había fabricado en el almacén en que Maestro Tiburcio había construido sus barcos y en el que Pinito del Oro y sus hermanos jugaban cuando venía el Circo Segura; en el varadero que hoy ocupa la Democracia, Gregorio Sosa y su mujer limpiaban la chalana y, más al Poniente, Miguel Gopar hablaba con sus hijos de cuidas de gallos y preparaban el chin-

chorro para la calada de la tarde; y el más pequeño, Pepe Gopar hacía monigotes en un papel que había encontrado; Agustín el Majorero, Marcial y señor Juan, cosían el trasmallo; recuerdo a Ignacio Aldeoca y al autor de "Los Usacos" preguntándoles por cosas de la pesca y de la mar. No había ni Casino Club, ni monumento a los veinticinco años de paz, ni Parque, y sí, La Peñita; ni hoteles; y todo terminaba, preámbulo de El Reducto, en las "Casas Baratas", en las que "Potelías" era el principal protagonista.

El molinillo

Hace tiempo leía que ya las casas habían perdido el ambiente que las caracterizaba. Y es verdad; ya no se oye el ruido de la cocinilla o el de la escoba de palma contra las baldosas del patio; ya no pita el calentador de agua; ya no se nos llenan los ojos de lágrimas por culpa del humo de los teniques o de la cocina de hierro con la chimenea tupida, o del carbón de la plancha que no acaba de pegar; ya la campanilla del carro de seño José no nos pide que saquemos la basura; ya la pita del coche de doña Bienvenida no nos causa sobresaltos; ya el golpeo de la bomba o el ruido del balde de hierro no llega a nuestros oídos; y ya... el chirriar del molinillo del café no nos despierta por la mañana: En todas las casas había un molinillo y en alguna queda como una reliquia, después de abandonado como trasto inútil; era de madera canela, con una gavetita y una pequeña tolva verde en la que el piñón trituraba los granos, impulsado por la palanca que remataba una perilla de madera brillante por el manoseo. Y los más pequeños de la casa se disputaban sujetarlo entre las piernas, sentados en la silla de la cocina que siempre era coja o en la banca hecha con

madera de cajones; y si no lo sujetabas fuerte, te trillabas los muslos; y un grito de dolor se mezclaba con el bronco bramar del café; en las casas importantes había otros grandes, pintados de encarnado y con dos volantes; pero ése era poco popular; y, si en un principio molieron café cubano puro, poco a poco fue sustituyéndose por "grabanzos", que Carmen, la de mi tía Donatila, tostaba con azúcar para darle otro cariz; o por la cebada que doña Inocencia sacaba de su sereta a tres perras el jarrito; doña Inocencia que con su simpatía andaluza le oí decir en la carnicería de Chacón: *Ferericico, Ferericico*, cuando mates el gallo, guárdame el pico; y después de molido venía el colarlo; y había cafeteras para todos los gustos; pero las que mejor café hacían eran las de don Antonio Bonilla, echando chorritos de agua caliente, para destilar el café en un vasito de los que tienen trece caras en su base. Y el olor se difundía por toda la casa. Y ahora en que es casi exclusivo de las cafeterías, nos hace añorar ruidos y olores que los electrodomésticos han matado.

Agua

"Te lavaste el jocico
con el agua del sancocho..."

¿Cuántas latas le dejo? Era la voz de Juan que, chorreando agua sobre el cemento del zaguán, entraba con dos "latas de petróleo", rebosantes, y sujetas por un palo que atravesaba su borde de un lado a otro; y esa voz que era de Juan, podía ser la de Antonio, o la de Santiago, o la de Román que, desde el amanecer, burro menudo y paciente, carro sin barandas y gran bidón herrumbriento, parchado de "piche" y con una manguera de goma de coche, iban apagando la sed de los arrecifeños, como Ramona "La Panadera" saciaba el hambre de todos con el pan negro de Pepe Estévez, de señor Ignacio o de la familia de don Aquilino. Y el agua venía de la Mareta del Estado, o del pilar de los llanos de La Vega, más allá del Estadio, desde donde yo veía llegar a Monzo y a Yayo con una parihuela de cajones y un cacharro; o del de la Explanada del Muelle Chico, o del depósito del Muelle Grande; y es que no había potabilizadora; y Famara era algo de que se hablaba pero casi no se conocía; y un buen día el Ministro Fernández Ladreda dijo en el balcón del Cabildo: "Tendréis agua"; y es de los pocos políticos que no se olvidó de Lanzarote cuando se perdió en el hori-

zonte; y llegó el agua de las galerías de Famara; y para inaugurarlo, don Alfredo Morales diseñó la fuente que se hizo frente al bar de Juan "el Dulcero" y que a lo mejor ya se llamaba La Marina; y don Lorenzo la bendijo; y asistimos al insólito hecho de ver correr agua en Arrecife; y era salobre, pero se decía que hasta medicinal; y hubo quien por influencia sicológica creo, hasta se curó de la úlcera; y aquella fuente, y el pilar, y la mareta y el depósito del Muelle, se alimentaron de las Galerías de Famara; y se alimentaron del depósito de lastre del correílo de don Eliseo; y de los A-2 y A-4 de la Armada; y de la panza del *Condesister*; y algunas veces de la Mareta del Cabo Pedro, o de la de don Aureliano; y las casas de Arrecife instalaron tuberías; y desaparecieron los lavamanos de madera pintada de negro con gavetitas y perillas de vidrio, y las palanganas, y los lebrillos, y el jarro para el agua; y las destiladeras; y el culantrillo, y el bernegal; y tuvimos planta potabilizadora; pero se había perdido algo que siempre caracterizó: el ahorro del agua. Y a la lanzaroteña ya no se le "refolaron" los "besos", como dice la copla.

Teatros y Teatrillos

En recuerdo de don Juan Hernández

Mi padre me hablaba de Rosario Pino en el patio de la vieja Democracia, y doña Eufrosina de los aficionados de su juventud, con mi tía Dolores y su prima María; y, no sé quién, me contaba del debut de alguien completamente vestido de blanco, y el grito desde el público: ¡Cinco duros al gallo blanco!; pero mi iniciación como espectador teatral está en un nebuloso recuerdo de Bassó-Navarro con Eloísa está bajo un almendro, en un, me parece, rebosante Díaz Pérez. Y fueron muchos otros, profesionales y aficionados; y recuerdo, entre muchos, a Agustín Bolaños, y a José González Corujo, y a Alonso, y a Agustín Lasso, y a Pepito Díaz; y a Pano; y a don José María en un magistral protagonista de Las cosas de Martínez; y a la hermana de Corujo; y a la hija de don José María; y a doña Encarnación, a la señora de Haría; y el teatro de La Villa; y el Casino de San Bartolomé; y el patio de las Siervas de María; y a Luis Sabatini; y a su genial pareja, Pepita Serrador, la madre de Chicho el del "Un, dos, tres"; y a Juanito Hernández, que por amor a su Lanzarote, no se convirtió en una de las grandes figuras del teatro nacional; y sus anécdotas; y cuando tenía que decir: "La noche está

oscura como boca de lobo”, la imprudencia de quien en ese momento encendió una bombilla; y la genial reacción de Juanito: ¡Caray!, un relámpago; y, cuando se puso de moda coleccionar sellos, yo le escuché dirigirse a la protagonista: Por ti, hasta me hago filatélico; y teatritos y variedades; y los casi autos sacramentales de las monjas del Colegio con Nacimientos y castas vírgenes; y los que dirigían mi pariente María Lorenzo o doña Estela la maestra; y los del Instituto; y Juanito Ferrer en el coro de “Los Monaguillos”, zarandeando una campanilla; y Octavio, vocación prematura, en el coro de “Los Doctores” del “Rey que rabió”; y Yoyo Reguera recitando aquello de: Soy Pedro Pérez Paticola...; y Paco Gómez y Gonzalo Pérez en un pequeño sainete cómico, y Gonzalo dice que aún se pone colorado cuando lo recuerda; y las obras de Muñoz Seca o de los hermanos Álvarez Quintero; y al fondo del escenario del cine de don Paco el retrato gigante de Estrellita Castro; y Solita “La Zaramora” en ese escenario o en el redondel del Circo; y los chistes de Rafael Quevedo, el canario, antiguo compañero de Tip o Coll, muerto prematuramente, haciendo pareja con Pepita Sarmiento; y de los que yo recuerdo: La aspirina, ¿se la envuelvo? No, la llevaré rodando; y los de maricas de Crespo; y las actuaciones de Pepe Bande y de su hija Margarita; y la Pasión de Cristo con el otro hijo como protagonista; y Manuel Reguera haciendo los efectos especiales, con el flash de la máquina y una plancha de zinc, en el momento del “Consumatum...” pero, mejorando lo presente, destaca el recuerdo de Juanito “El Cartero”, a quien con estas líneas quiero rendir mi homenaje.

El Día de San Juan

Tolín, que tenía la virtud de que no se le mojaba el pelo, y otros muchachos, se bañaban en las escalinatas del Muelle Chico y algunas mujeres en la Caseta de Baño. Ni los "chonis" llegados de Europa ni los canarios de Las Palmas, nos habían contagiado la manía de ir a la playa. Pero ahora todos los días es día de San Juan, como también son días de San Ginés por causa de las discotecas.

Por San Juan, desde la madrugada, mi vecino Ambrosio y sus dieciocho hijos, empezaban a acarrear materiales: la palanca y la vela del barquillo, unos hierros y mucha comida y el garrafón de vino de casa de Micaela. Al amanecer todo se había transformado en campamentos; y eso lo hacían casi todas las familias. Había campamentos por un día y los más por el día y la noche anterior, en las salinas de la Bufona, de don Pepe Miranda, en Puerto Naos, en el Castillo de San José, en Playa Bastián, en Órzola, en Tenesar, en La Santa, en Playa Quemada, en la Barrilla y en Playa Honda. Arrecife se despoblaba. El Ford de Luis Suárez, el de Machín, el de Arturo y el "Coche del Ministro" no paraban; y Juan se fue en el burro y hasta vimos un

camello, con la silla inglesa pintada de verde, camino de la Costa. Se bebía vino caliente, aunque estuviera enterrado en el jable; y el bocadillo tenía más hormigas que arena. Al final de la tarde las espaldas estaban sin cuero; y hubo sanjuanés trágicos: Marcial se ahogó y mi amigo Maximino falleció, si bien tierra adentro; y otros muchos que siento no recordar. Y todo el mundo iba de gira; y ya *pardiando* se formaban caravanas por la orilla del mar, por las carreteras y por los caminos. Todos estábamos agotados pero felices. Había sido un día tan importante que hasta el Casino, la Democracia y el Café de Bonilla habían cerrado sus puertas.

El Janubio

Estaba situado en la planta baja de la casa de don Segundo Perdomo, en la calle Real, haciendo esquina al callejón de la iglesia y, años atrás, fue protagonista de *la quema* más espectacular que se dio en Arrecife.

Don Segundo le puso el balcón de tea y Pepe Reyes El Janubio. Fue testigo de una parte importante de la historia menuda de la ciudad y centro de atracción de las salidas de misa en los días de fiesta; y de las tardes y las mañanas, antes de entrar al trabajo; los domingos, después de la una, era casi imposible conseguir una mesa. Artil y Graciliano, correctamente uniformados, incluso corbata de pajarita, se veían en apuros para atender tanta demanda. Juanito Ferrer o Fernando, en la barra, apenas podían dar avío a los helados, coñacs, cafés, calamares y cervezas que se pedían. Doña Luz aporreaba el piano acompañando a Lidia Guillén, que creo que hoy se hace llamar algo así como Lea Zafrani, o a las hermanas La Rubia y La Morena, que no eran las del Circo Toti y que fueron un casi escándalo en el pacato de Arrecife de los años cincuenta y sesenta. Los chiquillos se arremolinaban en la puerta para ver y oír a las vocalis-

tas. Y Pepe Pérez, ojos chiquitos y saltones tras unos gruesos cristales de miope, pasaba horas acariciando nuestros oídos con interminables melodías. Hernán dejaba oír su extraordinaria voz, mientras manejaba la batería y, don Antonio Sastre, entre broma y broma, desgranaba las notas del viejo piano. Había clientes fijos y peñas profesionales. Guisado ocupaba una mesa junto a la ventana de la esquina, con su eterno coñac. Un alto funcionario pasaba tantas veces al día por el mismo pasillo que, una vez Cristín me dijo: ¡Éste ya hizo vereda! En sus mesas se ultimaron grandes negocios. Los funcionarios del Cabildo o del Ayuntamiento se sentaban alrededor de una; los comerciantes junto a otra; los directores de banco en torno a la del fondo y cuando veías a un comerciante entre éstos, es que aspiraba a conseguir un crédito; y en sus mesas don Mario nos contaba chistes políticos; y Guito escribió crónicas. De allí salieron noviazgos. Yo vi a un listillo del Puerto enseñando a la novia, del campo, cómo se tomaba un helado; y a un moro, que seguramente se llamaba Alí o Mohamed, tratando, con un señor de Soo, camellos viejos de matadero por guelfos acabados de llegar en el *Consuelo de Huidobro*. Y hoy cuando entramos en aquel local a comprar un televisor o unos pantalones, nos parece oír a Hernán, al piano de Pepe Pérez o las voces de Graciliano o Juanito Artilles: ¿Qué le sirvo, caballero?

Epílogo

Ha pasado mucho tiempo desde que estos personajes salieron a la luz pública; la gente joven me pregunta si ya no existen personas con estas características en nuestra ciudad; yo creo que sí, lo único es que, afortunadamente para ellos, nuestra sociedad ya está concienciada a que, en la misma son perfectamente normales, dentro de una escala de valoración intelectual o física, y que existen actualmente organismos y medios de la Medicina que hacen que no destaquen dentro del entorno social. Han pasado algunos años y, un día, pasando por la Plaza de la Iglesia, un grupo de personas se prestan a acompañar a un difunto a nuestro cementerio de San Román; mi curiosidad, y la mala noticia: Es Ramón al que acompañan; y, dentro de esa mala noticia, tengo la satisfacción de ser uno de los que están en ese momento junto a su tumba; otro día alguien me dice que Rondringa o María han muerto; y más tarde, al leer el periódico, una esquela, me indica que se cumple el primer aniversario de la desaparición de nuestro Macartur. Ya Arrecife se ha convertido en una casi-ciudad, invadida por el tráfico y los coches y donde casi nadie se conoce. Ya no se ven más veleros

que los pequeños yates que, en otoño, nos visitan de paso para tierras americanas; las tiendas del bidón de aceite o petróleo, se han convertido en supermercados donde el único contacto con su personal es, como decía Armando, una cajera, con los ojos en una máquina y cuya única misión es entregarnos una tira de papel llena de claves y números, y que nos permuta por unas monedas; ya no nos llega en invierno el olor de las sebas pudriéndose en la orilla del mar; ya en el denigrado Islote de la Fermina no se cogen ni almejas ni santorras; ya casi nadie viaja en barco; los carros y los mulos y los burros han pasado a mejor vida... Y, yo me pregunto que si esa vida actual es mejor que la pasada; y tengo mis dudas; ni la televisión vía satélite nos hará olvidar aquellas escenas marinas de que fuimos testigos. ¿Añorarlo?; no sé... Quizá sí, o a lo mejor no; cada uno, subjetivamente, podrá hacer su reflexión.

Antonio Lorenzo

Índice

Antonio Lorenzo o "El alma de Lanzarote"	9
Presentación	13
Justificación	17
Machado	19
La Plaza de la Iglesia	21
El Medio Almud	25
La Calle Porlier	27
Barberos	31
Los pedidores	35
Antonio "El Loco"	37
El mudo	39
La cocinilla	41
El cine de Don Paco	43
Los correillos	47
El barco alemán	51
La calle Travieso	53
El Instituto Viejo	57
El Batallón de Lorca	59
Fútbol en Lanzarote	63
Camiones y guaguas	67
El café de Bonilla	71
Barcos costeros	75
La Calle Real	79
San Ginés	83

La Recova87
Juegos infantiles91
El Callejón Liso95
Trompos97
La Plazuela99
Pronósticos101
Ramón103
Puerto del Carmen105
Crucita107
El Circo109
Pregonero113
María115
Pepito117
La Tafeña119
Macartur121
La Marina123
El molinillo127
Agua129
Teatros y Teatrillos131
El día de San Juan133
El Janubio135
Epílogo137

Así desfilan en el tiempo los recuerdos de antaño y las personas que ya fueron y la escuela de don Pedro y doña Pepita con sus gatos y el cine de don Paco, y el Callejón Liso ruidoso de juegos y el Bodegón del Manco y el carnero rifado eternamente, y el incendio del Circo, y la vida, y la muerte y la dulzura y la gracia y la pena y esa moneda negra, valiosísima, con la que un niño golpea sin cesar las cristaleras grises del pasado...

Pedro Lezcano

